

OBSEQUIO
DE LA
Academia Dominicana de la Historia

ACADEMIA DOMINICANA DE LA LENGUA
(PUBLICACION N° 3)

DEL LENGUAJE DOMINICANO

Por

R. EMILIO JIMENEZ

Miembro de la Academia Dominicana de la Lengua.
Miembro Correspondiente de la Real Academia
Española. Miembro Correspondiente de
la Academia de Buenas Letras,
de Barcelona.



IMPRENTA MONTALVO

Ciudad Trujillo, R. D.

1 9 4 1



17105-10

BNP/W
P9-RV
462.97293
J bid





**Biblioteca
Nacional**

**PEDRO
HENRIQUEZ
UREÑA**

EX LIBRIS



CARLOS LARRABATZ BLANCO

COLECCION



17105-10

Imm. 2016 / 7L

17105-50171

BNP
P-RV

462.97293

J61d



514-

DEL LENGUAJE DOMINICANO

814

ACADEMIA DOMINICANA DE LA LENGUA

(PUBLICACION Nº 3)

DEL LENGUAJE DOMINICANO

Por

R. EMILIO JIMENEZ

Miembro de la Academia Dominicana de la Lengua.
Miembro Correspondiente de la Real Academia
Española. Miembro Correspondiente de
la Academia de Buenas Letras,
de Barcelona.

OBSEQUIO

DE LA

Academia Dominicana de la Historia

IMPRENTA MONTALVO

Ciudad Trujillo, R. D.

1 9 4 1

C. Langsdorff B
2 Indys
1949.





BN
467.97293
J 61 d
c. 4

Dig

ALGUNAS PALABRAS

La Academia Dominicana de la Lengua publica el presente libro de acuerdo con resolución tomada al respecto, en virtud de lo establecido en sus Estatutos sobre las obras que, dentro de los fines de la institución, sean preparadas por los individuos que la componen.

Este libro es recopilación de una parte de los escritos que acerca del lenguaje dominicano ha preparado su ilustre miembro don R. Emilio Jiménez. Muchos de ellos han sido publicados en el segundo tomo de su notable obra folklórica "Al amor del Bohío", ya agotada; algunos en el importante diario "La Nación", con el título de "Interdiarias", y los restantes en periódicos del país y del extranjero, todos ellos muy solicitados por centros culturales y hombres de letras de otros países.

Resaltan, en estos trabajos, modalidades características del habla popular vernácula, de modo pintoresco y ameno y en elegante estilo propio, que le dan un valor muy estimable. No necesita su autor otra recomendación que el propio merecimiento de su obra. Ella se recomienda por sí misma.

Lic. JUAN TOMAS MEJIA

Presidente de la Academia.

015218



PLUFFE
JAN 6
1862

recibimiento del cariño obsequioso si este cariño no va revestido de la solemnidad del giro achicador.

Interesados por saber si vivía o no una persona de quien se decía que había muerto, preguntamos por ella a uno de los que podían sacarnos pronto de la duda. La respuesta no pudo ser más gráfica: "Está vivito y coleando". Ese refrán proviene acaso de nuestras pesquerías, y es bello por la fuerza de cosa animada que suscita en la imaginación del que lo oye. La duda estaba despejada, pero nos atrevimos, picados de curiosidad, a formular esta nueva pregunta: "¿Y ya no bebe?" —creyéndole en paz con el aguardiente—. "El se tira todavía su traguito" fué la nueva respuesta.

Es muy corriente lo de "ir pianito" el que sale corrido del encuentro con una persona que se impuso por su valor.

Y a propósito de refranes hay uno que estuvo hace poco muy en uso, y que revela claramente nuestra afición a los diminutivos: "Coger los mangos bajitos", con que se suele expresar el empeño de cuantos quieren alcanzarlo todo sin esfuerzo.

Tan arraigado tiene nuestro campesino ese hábito, que hasta las frases adverbiales pasan por el crisol de los diminutivos. Es corriente oírle decir: "Vivo masacaita de mi padre". Tengo masallaita mi conuco". Para él todo se halla "cerquininga", y aplica el "allí" a cosas que se hallan muy distantes porque vive sin una clara noción del tiempo, traba-

jando tres días en la semana y descansando cuatro, entregado a las fiestas, a los gallas de pelea o a los vaivenes de la hamaca.

Para significar que una cosa es muy negra, basta decir que es “negrecita”. De un tronco muy derecho se dice que está “drechito”. En abril siempre están las hojas “nuevecitas” y el campo “verdecito”.

Siempre es un “paseíto” el que damos en el parque, y “un vinito” el que apuramos en la mesa. Hasta la imagen tradicional de la leyenda del Este, la Virgen de la Altagracia, es llamada “La Chiquitica de Higüey”, en ese dulce afán de achicarlo y poetizarlo todo.

Dichosa vida ésta, en que todo lo achicamos oralmente como para hacerlo más bello. Nada es tan dulce para nosotros, que sabemos paladear la miel de ternura que brota de tales expresiones. Así, cuando fatigados de las arideces de esta vida de pueblo “picamos para el monte”, ganosos de cielos más azules y de gente más sana, nos complace en extremo hallar junto al bohío, con la “chiquininga” entre los brazos, caricioso y jocundo, al buen labriego, que nos hará entrar para ofrecernos su hamaca de cabuya —teatro de la siesta— y gustar el “cafesito” cuyo aroma anda todo el patio publicando la nueva. Después, regresar curados de fastidio, con la emoción del “adiosito” con que nos despidió la guapa india de ojos negros y tranquilos como la noche.

LOS COMPLEMENTOS

UNA de las modalidades más típicas de nuestro lenguaje criollo son los complementos, muy originales, que constituyen curiosa materia de ambiente nacional. Son acaso la nota más característica del modo en que se manifiesta el alma del sencillo pueblo que las usa en todo momento, imprimiéndole energía y gracia a la conversación.

Tal estudio nos brinda la oportunidad de poder ofrecer al lector que se interesa por estas observaciones cuyos alcances reconoce y pondera, un cuadro de costumbres de los más gráficos y pintorescos que forman nuestra obra de color y ambiente locales.

Nuestra vida agitada y guerrera produjo, en sus más crudas horas de martirio, complementos como éste, con que se expresa el disparo hecho muy de cerca: "A boque jarro". Así, es corriente oírle decir a cualquiera de nuestros guerrilleros, metidos hoy en cintura de paz: "Le tiré a boque jarro".

De igual procedencia guerrera, aunque de sentido

diverso, es este otro, que encanta por lo gráfico: “A punto metío”. Los sitiados en reductos o colinas estratégicas tenían necesidad forzosa de economizar proyectiles y no disparaban sino “a punto metío”. En las derrotas los desbandados iban siempre “a to meter”, “a pata suelta” o “a cuanto daban”.

La gente pobre, habituada a la pesadumbre del ayuno obligatorio, no siempre logra asociar a buen tajo el bastimento, y así cuando tiene que despachar el hambre con “baratujales”, porque no hay apresto de tocino, se acoge a la humildad de un medio día “a palo seco”.

Este complemento es todavía más usual aplicado a una fiesta en que falta la bebida. El entusiasmo depende en gran parte de la participación que se le da a la botella, espuela del jaleo, que arranca un “sí” aligerando la lengua anudada en las redes de la emoción y del recato, y por eso nada hay más insulso que un baile “a palo seco”.

En los relatos es divertidísimo el uso frecuente de los complementos. “Que no se apure, que a la corta o a la larga tendrá que suceder”, suele decirse comúnmente. La última forma es castiza, no así la primera ni las dos formas complementarias fundidas en una sola pieza.

Si se quiere significar la idea de tránsito de una era buena a una mala, aplicado a una persona, se dice: “Está del pin al pon”, propio de los políticos de abajo, que cambian con frecuencia de opinión po-

lítica para mejorar su suerte a base de entendido con el Gobierno.

Es común que quien pasa, del estado de privaciones a que lo redujo la miseria, al de comodidad que le brinda la fortuna, suele olvidarse de sus amigos de pobreza. La murmuración dispone en estos casos de complementos que lucen en boca de los quejosos olvidados: "Ya no me conoce y ayer no tenía "en qué caerse muerto", viviendo "de por vía suya". Dicen también: "Está muy en grande", pero este último complemento no es de factura criolla.

Cuando una fiesta, acto o ceremonia cualquiera brilla por su importancia, suele decirse que está "de olor". Es bien significativo. La flor antes de abrirse o ya mustia, no despide aroma. La fragancia aparece cuando la flor está en su punto y es foco de atracción de ojos y de mariposas. Es el mismo caso de la fiesta en que todo, mujeres, música y bebida, se halla en su punto. Ninguna idea más hermosa y apropiada al interés que despierta entonces el acto cuya importancia se encarece: "Está de olor".

"Tris" es término castizo que expresa en su acepción figurada y familiar, instante en que sucede una cosa, y ese sentido lo conserva en el uso que de él hace nuestra gente; pero aquí solemos tener dos complementos con esta palabra onomatopéyica: "En un tri" y "de un tri", que no significan lo mismo, pues mientras con el último nos referimos a lo que acaba de pasar, con el primero expresamos el instan-

te más o menos lejano en que sucedió una cosa. Así nuestro hombre de campo suele decir, refiriéndose a un niño que estuvo a punto de caerse e inmediatamente después de haber evitado la caída: "De un tri se me cae". Dice esto todavía con la impresión viva del suceso o con el niño aún entre los brazos. Pero al otro día de haber evitado la caída del niño, dirá, refiriendo el suceso: "En un tri se me cae".

A los complementos castizos "en cueros" y "en pelota", nuestro vulgo le da una aplicación ligeramente diferente, tan sutil que pasa inadvertida para los que no se ocupan en el estudio de estas cosas: "En cuero" se aplica generalmente a los niños desnudos. Los adultos en el mismo caso están "en pelota". La razón de esta diferencia acaso la adivine el lector inteligente.

Corriente es estar las cosas "por jangá", "por jaticá", "por pete" y a "patá", con que se expresa la abundancia. Las vendedoras de áridos tienen que dar los jarros y los cajones que les sirven de medida de capacidad, "con moño" para que puedan comprárselos. Así es frecuente oír a los chicos mandaderos en los ventorrillos: "Un jarro de frijoles con moño".

"De chambra" y "de chepa" son las cosas que ocurren de casualidad. También se dice: "De chiripa", aunque esta última expresión no es de origen criollo.

El calor excesivo es causa de que la gente esté

siempre “sin sitio”, giro complementario que también se aplica a los que están bajo la influencia de un purgante enérgico, sinónimo de este otro todavía más gráfico: “De carrerita”.

Encantan por lo pintorescos dos complementos antagónicos que suelen aplicarse a los novios que pasan cierto tiempo en franca hostilidad y luego tornan al goce de la paz, que esta vez alcanza una dulzura de que sólo pueden tener idea los que han saboreado la miel que produce el tránsito del enojo a la reconciliación. Mientras los novios no se hablan ni se escriben, están “de a balazo”; pero cuando el fuego de la pasión, avivado por el deseo de restablecer la armonía, une los rotos lazos y acerca más los corazones, los que palpan aquellos amables coloquios, sazonados con besos y suspiros, ya no dicen que están los novios “de a balazo”, sino “de azuquita”.

Las bellaquerías de los niños no siempre provocan reconvenciones más o menos piadosas, y de ahí las célebres pelás “a pantalón quitao” y “a falda alzá”, según el sexo de los ajusticiados.

Las fiestas o bachatas que duran hasta el amanecer por lo animadas, quedan siempre “de chupe usted y déjeme el cabo”. Hay que saber lo que es para la generalidad de los fumadores el hechizo de un cabo, para comprender el valor de esa expresión figurativa.

En la convalecencia de una aguda enfermedad,



que dejó agotadas todas las energías físicas, los que logran abandonar la cama y disfrutar de una ligera sopa de gallina, suelen ya ir “de la cocina al bohío”.

El hábito, muy arraigado entre nosotros, de dejar las obras sin terminar, está admirablemente expresado de este modo: “A medio talle”. Son muchas las cosas que dejamos a medio talle, y esto es, según otra expresión muy amparada por el uso, “dende Dio”, aunque los luchadores acostumbrados a proceder de ese modo estén “hasta la tambora” o “hasta el gollete” metidos en tales obras. A poco luchar siempre salen “de alita”, como los gallos, los más comprometidos en la acción, aunque sean, como han dado en decir, “de loma y tierra llana” o “de jacha y machete”, con que suele expresarse la idea de servir una persona para todo.

Pero de lo más encantador que en punto a complementos tenemos, son dos muy originales y expresivos, aplicados a las mujeres que cumplen la misión prolífica que les asignara Su Majestad la Naturaleza por órgano de su ministro, el Amor. Cuando los primeros avisos de maternidad se hacen visibles en forma de quebrantos, las bellas suelen estar “de encargo”. Durante ese período sus ojos caen a veces, devoradores, sobre un objeto codiciable: una fruta, una rosa, una golosina. En tal estado de ansiedad por el logro de aquello que la impresiona, se dice de la mujer que está “de antojo”. Es un período delicado y su vida está “en un hilito”. Ella lo com-

prende y se cuida. Le llueven las atenciones y los parabienes. El esposo gusta verla "de percha" "desde que Dio amanece" y ella, "en su elemento", mimada y consentida, se hará la reflexión de que debe guardarse para sí y para el fruto de su amor, fiel al adagio muy típico de que el hombre no nació "pa semilla".

LOS PLEONASMOS

HE AQUÍ otro aspecto interesante de nuestro lenguaje popular: los pleonasmos.

Como en todas partes, nuestra gente gasta formas pleonásticas que le son privativas. Siendo en rigor el pleonasma un medio de hacer más enérgica la frase, su uso exagerado tenía que hallar campo propicio en nuestro medio ambiente, dados, como somos, a "hacer los cuentos a lo vivo", seducidos por la forma impresionante que cuadra a la viveza de nuestra imaginación, como si el ardor del trópico gravitara demasiado en la fantasía de nuestro pueblo, espoleándolo para la fiebre parlanchina. Este pecado de verbosidad callejera y rústica, contra la concisión de la forma, se manifiesta de un modo grato, como se verá en el curso de este trabajo, en el que desfilan los pleonasmos que mantienen siempre fresca la charla popular.

Y es delicioso. Parécenos estar oyendo al buen hombre de campo, preocupado en las faenas de la

crianza, decir con labia honachona: "Anoche me nació un becerro macho". El ocioso aditamento no obedece a que puede haber alguna duda sobre la clase de sexo del animal, pues en caso contrario diría: "una becerra hembra".

En reciente jira campestre visitamos a un viejo hacendado de reconocida fama en su vecindario rural, quien nos recibió con los brazos abiertos. Metidos en compás de ceremonia afectiva para responder a la facundia de nuestro buen hombre, decidor hasta lo sumo, comenzamos por querer saber la cuantía de su prole. La respuesta fué breve y categórica: "Tengo tres hijas hembras".

Nadie ignora en el país que a nuestro campesino le preocupan dos cosas que atañen a lo porvenir: ahorrar para el entierro y para la misa de requiem. Le horroriza pensar que no haya, el día de su muerte, con qué hacerle "un buen entierro". Esta preocupación constituye una de las más seguras fuentes de ingreso en la caja parroquial de una comunidad. Y así, cuando la gente urbana oye, sin tener noticia alguna sobre defunción, tocar a muerto las campanas, suele decir sin pérdida de tiempo: "¡Campesino seguro!"

Hija de esa preocupación es esta frase pleonástica de los que aspiran a algo más que el entierro a base de liturgia sagrada, y construyen un panteón que conserve sus cenizas: "No quiero que me entierren en la tierra".

Es muy divertida la expresión corriente que anda en boca de los que aspiran a deshacer el lazo conyugal para aventurarse a nuevos destinos casorios o por una necesidad forzosa impuesta por la indisciplina pecaminosa de su costilla: "Me voy a divorciar de mi mujer".

Los tratantes de caballos se empeñan en vender a cualquier precio los brutos que tienen la manía de repropriarse. Como dicen nuestros campesinos, nadie los quiere porque "se resisten". Es una manía contra la cual son ineficaces las espuelas. Hablando de lo inconveniente de esta clase de brutos decíanos un jinete que su defecto estriba "en que reculan patrá".

Es común oír a las damas de casa ordenando que le traigan "un jarrito pequeño" o "el cucharón grande".

Hay muchas expresiones de sabor pleonástico que en rigor no tienen el carácter de pleonasmos. Una de ellas es la popularísima frase "yo ando andando". Es bien significativa. Andar andando es la actitud del que ambula desorientado por la falta de recursos sin lograr un medio fácil de ganarse la vida. Quiere una ocupación en armonía con sus condiciones físicas o morales, y la no encuentra. A la pregunta cariñosa del amigo interesado por su suerte, suele responder: "Yo ando andando". Nadie que comprenda esta sencilla expresión pensará que se trata de un vago. El vago "anda" solamente.

Si busca trabajo es rogándole a Dios no encontrarlo. Por eso es inútil su andar. No sufre la tortura de la inacción, porque la inacción es su medio. Y así no inspira lástima. Lo triste, lo que mueve a compasión, es la desoladora inquietud de andar andando.

Otra expresión de la misma índole es "lo cogí cogió". Es propia de la autoridad que sorprende al criminal en flagrante delito. No puede negar el hecho porque se le vió consumarlo. La víctima está allí, el arma homicida también, y el ambiente es de tragedia. Ante la evidencia dolorosa el culpable será puesto en manos de la Justicia, y el apresador exclamará, refiriendo el suceso: "Lo cogí cogió".

Otras veces se trata de un prófugo en peligro de ser capturado. Prefiere morir a caer en manos de su perseguidor, y le hace fuego. Si éste logra apresararlo, hará uso de la misma frase; pero si le mata, ya es otra la expresión que acude a los labios de la autoridad al referirse a la lucha que sostuvo con el criminal. Proferirá entonces con orgullo de héroe: "¡Lo maté muertecito!"

Nada como la acción represiva de las autoridades se presta tanto para el uso del pleonismo. Es común oír decir en una fiesta contra el autor de un desorden: "¡Sáquenlo pa fuera!" Si hay orden de hacerlo preso y se resiste a obedecerla, es propio de la autoridad exclamar con visible muestra de coraje: "¡Va porque va!" La frase es conminatoria y es de prudentes dominar la rebeldía. Y si la reflexión ven-

ce a la temeridad y el culpable va a la cárcel, el orgullo de mando se hará sentir otra vez con esta frase: "¡Fué porque fué!"

Y toquemos un punto verdaderamente encantador: la petición de mano para fundamentar un poema de azahares. El padre de la joven estima extemporáneo el momento para otorgar la mano de su hija. Un capricho, un exagerado concepto de su valor respecto del amante, lo hace vacilar frente a la demanda confiada a los padrinos, y se excusa con la promesa de deliberar en familia antes de dar una contestación definitiva, porque aquello "hay que pensarlo con la cabeza".

Podrá el amante desesperarse con la negativa y tramar una violencia, seguro de ser dueño de aquel corazón femenino que se rindió al golpe certero de una flecha; pero teme provocar el enojo del hombre a quien trata de unirse algún día por el vínculo del parentesco político. Tarde o temprano tendrá que suceder —piensa— y arma su corazón con la célebre frase popular: "No hay na que na".

Otras veces la mujer inspiradora de una gran pasión está irresoluta entre la porfía de dos rivales. Los dos no aciertan a comprender cuál pesa más en la balanza de la preferencia, y un día de mutuos celos miden sus palabras en el terreno del enojo. En esta difícil situación se hallaron hace poco dos amigos nuestros. La hermosa ponía a prueba la constancia de ellos, simulando por turno inclinarse a uno más

que a otro; pero el ardor de la rivalidad llegó a sus límites y los rivales estuvieron a punto de batirse. Mas uno de ellos “se extrañó”, dejando a su adversario, que era “el pato macho” en escenas de valor, en posesión de la victoria.

La mujer se apasiona de los hombres valientes, y aquel hombre, que triunfó de su rival para merecer la mano de su dama, se ufanaba de su doble triunfo con este pleonasma decisivo: “¡Le metí los pelos pa dentro!”

EL VICIO DE LA "A" COMO PROTESIS

ENTRE los hábitos característicos del habla popular criolla sobresale el empleo de la "a" como prótesis, prodigada principalmente en los verbos, lo que contribuye a hacer más notorio el barbarismo, pues esta "a" ociosa, cuando encabeza el infinitivo, aparece en todas las inflexiones verbales.

Tan notorio es en la gente rural como en la urbana. No dice, la habladora lengua del pueblo, "tentar", en el sentido de palpar. Lo corriente es la "a" inútil antepuesta al vocablo. "Tengo fiebre, atiéntame", dice a la madre, invitándola a tomarle el pulso, el tímido muchacho.

"La leche está caliente, asóplala" —profiera la madre cuidadosa al pequeño que pide alimento. "Soplar" sólo dice el vulgo en el sentido de dar, propinar, acometer. "Le soplaron una pela", dirá una persona menuda, con referencia a una azotaina aplicada a un chico mal hablado.

Común es oír al campesino empeñado en la faena

matinal del ordeño, gritarle al mozo distraído que al dar salida a un recental dejó escapar otro que corrió ávidamente a tirar de la ubre copiosa: "Asujétalo".

De igual modo no usa el término propio "levantarse", y así, cuando el imberbe mozo va a parar al suelo, mal de su grado, por la rebeldía de un bruto "de sangre", el buen labriego dícele imperioso: "Alvántate".

Larga es la lista de verbos en los cuales aparece como de vanguardia la intrusa "a" radical. En el campo es corriente ver al padre de familia doblado de espalda sobre una hamaca crujidora mientras uno de los chicos de la casa se entretiene en ahuyentar la comezón que por hábito siente aquél a la hora del lavado de pies para acostarse. En tal actitud dice el buen campesino al menor de recias uñas enlutadas: "Arrácame!", porque para él, como para la mayoría de los labriegos, la voz "rascar" no existe.

La misma suerte corre el término "probar" como sinónimo de saborear. Lo común es decir "aprobar", y de ese modo oímos a gentiles mozas campesinas y a muchachas del pueblo, gustar una fruta y extenderla a sus amigas diciéndoles, para hacerlas copartícipes del goce: "¡Aprueben!"

En la pulpería rural y en la "vela" típica, los hombres no se "juntan" sino que se "ajuntan". Después de una "vela" la gente trasnochada se "arrecuesta". Para el rústico habitante no existe el tér-

mino "recostar", como no existe tampoco "rayar", sino "arrayar", ni "podar", sino "apodar".

La "a" viciosa invade también la jurisdicción del adjetivo. Apuntar con el arma de fuego y hacer blanco repetidas veces, es ganar fama de "acertero". Nadie dice en el campo "certero", ni la niñez pueblerina, muy dada a cazar pájaros con los llamados "tiradores".

Al habitante de la sierra suele decirsele "aserrano". En algunos lugares es común no decir "potentado", sino "apotentado". "En los negocios hay que ser aprevenido", le oímos decir a hábiles tratantes.

Este vicio de la "a" como prótesis afecta también al sustantivo. El vulgo dice por lo regular "alargarto". No es un "empujón", sino un "arrempujón" lo que da el que impele a otro en la lucha.

No podía quedar ileso el adverbio, y así "tanto" ha venido a parar en "atanto". Presenciábamos hace poco la relación que hacía un campesino de la lucha que sostuvo con otro en una casa de juego. Ponderando la magnitud del golpe que le había dado, concluyó: "Atanto que lo cogieron aturdío".

La preposición no queda fuera del alcance de este vicio, y así le oímos decir a mucha gente: "Asegún me lo contaron te lo cuento".

Y para terminar, venga a guisa de cuento lo ocurrido a un pobre hombre en la época de nuestros cuartelazos y asonadas. Había sido sorprendido en

la casa de su concubina la noche de su servicio como centinela en un camino próximo a la ciudad de Santiago. El jefe de la plaza sospechaba que algo podía ocurrir aquella noche y aumentó la vigilancia de la ciudad, escogiendo para el sitio de referencia al hombre de nuestro cuento, que no midió el peligro a que se exponía abandonando su puesto para entregarse a las caricias de su amante. Tan pronto como el jefe supo lo ocurrido se indignó con el pobre hombre y rugió con acento de trueno: "¡Afusílenlo!".

L O S D I L E M A S

OTRO aspecto interesante del lenguaje popular criollo son los dilemas. Son tan comunes como los refranes. Para apreciarlo no hay más que observar al populacho. Ya es un enamorado rebelde a quien el padre de la dama objeto de su pasión loca, declara indigno de la mano de su hija, el cual, resuelto a pronunciarse contra la tiranía paternal, exclama con airado acento: "¡Mía o de nadie!". Ya el atribulado padre de familia a quien le acaban de raptar la hija en una noche propicia a la temeridad donjuanesca, que por todo rescate del honor de su casa lanza indignado esta fórmula conminatoria: "¡Matrimonio o la cárcel!". O ya el grosero traficante, que hastiado de regateos dice al exigente comprador: "¡O lo coge o lo deja!"

Incontables son los casos de imposición imperativa del dilema para solucionar con énfasis un asunto que de otro modo no hallaría tal vez el corte definitivo que requiere para restablecer la tranquili-

dad del que lo lanza. Es como un alivio que se siente en amargas horas de duda sobre la actitud que conviene adoptarse para resolver un conflicto, o la fórmula consoladora que quita del ánimo la aspereza de la inconformidad.

Por eso, resuelto el buen hombre de campo a dar cima a un madurado empeño que lo absorbe, dice apoyándose en su propia fe: "Llueva o ventee!" La suerte está echada y él se obliga a no retroceder frente al obstáculo. Caiga lluvia o haya vientos seguirá la emprendida tarea. ¡Cuán hermoso el valor figurativo que da a las dos proposiciones del dilema!

Siempre quisiera el luchador que las cosas resultaran del modo más halagador para su espíritu; pero hay casos en que lo soñado y buscado por él puede convenirle, cualquiera que sea el resultado de su intento, y así le oiremos exclamar: "¡Salga pato o gallareta!" o en otros términos igualmente gráficos: "Si sale con barba, San Antonio, o si no, la Pura y Limpia". Y para que mejor se aprecie esta expresión figurada conviene desentrañar el origen. Hubo en el país un buen hombre que ganaba el pan haciendo santos. Desconocía las reglas más elementales del arte de tallar y ya pueden suponer los lectores cómo serían estos santos. Cierta vez recibió encargo de hacer un San Antonio y cuando estaba para terminarlo se le presentó el cura del lugar, quien opinó que la obra no daba señales de parecerse al digno

hijo de Padua, a lo que respondió el escultor: "Si sale con barbas, San Antonio, o si no, la Pura y Limpia!"

De un efecto singular es aquella expresión dilemática inventada por uno de nuestros aguerridos mozos a quien le había dado por ascender en la carrera de las armas y buscaba con ansia la ocasión de lucir sobre sus hombros la rubia autoridad de las presillas. Diéronle, para su propia satisfacción, orden expresa de salir al frente de una tropa, con promesa de hacerlo general como saliera airoso de la lucha, regresando con el trofeo de la victoria, a lo que hubo de responder con este dilema: "¡O general o gusano!"

Cuéntase, asimismo, de otro sujeto picado del empeño de lucir la airosa bocamanga de oficial para sentir la sensación de las rayas doradas, que sólo se daban, en la vieja época de fiebres militares que tuvimos, por exclusivos méritos de arrojo. Al partir hacia el enemigo, sargento al frente de un pelotón de soldados, habló su valentía: "¡O regreso con más rayas que un güiro o me cogen aventao como una tambora!"

Histórica es aquella original "salida" de un conocido partidario del General Horacio Vásquez cuando se celebraba una reunión de elementos de todos los partidos políticos para buscar la solución que convenía darle al caso dominicano frente a la odiosa intervención yanqui. Había que escoger un

hombre que no fuera caudillo, para presentarlo como candidato a la Presidencia de la República, y mientras se sostenía tal criterio y eran llevados a la escena de la discusión los nombres de personas ajenas a los intereses bastardos de la política, se incorporó el hombre de nuestro cuento y soltó, como una bomba en medio de la reunión, este horrible dilema: "¡Horacio Vásquez o que entre el mar!"

Entre los dilemas más usuales figura éste que encanta por lo típico: "¡To toro o to novillo!" Es propio de la gente de campo, que lo emplea para significar que no debe haber preferencias ni distinciones para nadie.

Asistimos una vez a la "tumba" de un monte. El propietario quería pagarle a los trabajadores en proporción a la cantidad de árboles que derribaran, a lo que se opuso uno de ellos diciéndole en señal de protesta: "¡To toro o to novillo!"

Suscitóse cierta vez una discusión entre la dueña de un ventorrillo y uno de los clientes. Decía éste que le había dado un peso para que le devolviera la mitad, y aquélla, que no se paraba en escrúpulos, le sostuvo al otro que sólo le había entregado "cuatro riales" y que por lo tanto nada tenía que devolverle. El comprador, que estaba en lo cierto, tuvo que avenirse al parecer astuto de la ventorrillera, y desde entonces, cuando sobrevienen dudas respecto de un asunto que se discute, suele decirse: "¿En qué quedamos? ¿En el peso o en los cuatro riales?"

Cuando se suspendían, por causas políticas, las garantías constitucionales, las órdenes de prisión dadas por los jefes políticos a sus subalternos se reducían por lo común a este dilema: "¡Tráigalo vivo o muerto!"

Para encarecer la necesidad de estar siempre, en todos los casos de litigio, del lado de la familia, anda en boca del vulgo este dilema: "¡A los tuyos con razón o sin ella!"

Y para terminar evoquemos el nombre de aquel elegante sacerdote, pulcro y severo en el vestir, cultísimo y pagado de su persona y de su nombre, que viajó por Europa y se hizo estimar de marquesas para satisfacer su vanidad. Se llamaba Moreno del Cristo. Reveses de fortuna obligáronle a suprimir los viajes frecuentes que solía dar a París, que llamaba, donosamente, madre de la sabiduría. Entonces se recogió en la llanura del Guabatico en busca de un lugar apartado para vivir, rumiando los recuerdos de su febril andanza por la ciudad vieja y sabia en donde, en amable intimidad con el Sena, meditaba en la grandeza de Hugo o se embriagaba con los versos de Muset. Y cuando le reprochaban aquel misterioso apartamiento, respondía con la elocuencia que siempre tuvieron sus palabras: "París o las pampas del Guabatico".

L A E X A G E R A C I O N

EXAGERAR es a veces poetizar, pero su objetivo, las más de las veces, es dar fuerza y gracia al dicho, haciéndolo a la vez enérgico y ameno.

Gran parte de la sal humorística arranca de la mina de la exageración. En el habla corriente, la imaginación popular, fecunda en chistes y agudezas, salpica el hilo discursivo con la osadía pintoresca del abultamiento. Es un brochazo fuerte entre suaves matices verbales y sorprende agradablemente el efecto de una aguda expresión ponderativa.

En todas partes se exagera, pero difieren las formas y modalidades en que se hace la exageración, y ese aspecto del lenguaje en boca del pueblo es lo que vamos a explotar en este artículo de costumbres.

En la viveza de un relato sobre la vida de uno de nuestros más envalentonados generales, el cual redujo al silencio más humillante a una víctima de su hidalguía de ánimo, el palurdo hablador se expresaba en estos términos: "Le metió lo pelo pa dentro, y

sueite que se anudó la lengua, porque si habla, se lo traga".

carthy

Mayor encarecimiento no se quiere. Tragarse a uno es reducirlo a la inutilidad varonil, "volverlo un trapo", según otra gráfica expresión. Cuando el que priva en ser valiente es más decididor que ejecutivo, a semejanza de esos perros de pródigo ladrar, ya no es tipo que "le pesa el ruego del pantalón" ni "hombre de correa", sino uno "que se vuelve boca".

Pintoresca por demás es la manera de expresarse de uno de nuestros campesinos hábiles en dar a las cosas proporciones gigantescas. Tratábase de vender un fundo llanero para adquirir terrenos cultivados en la loma, y no se limitaba a querer para sí propio el beneficio que esperaba recibir con el cambio de propiedad sino instaba a un compadre suyo a que vendiera también y se asociaran en la compra, lo que rehusó el buen labriego objetándole que si le iba bien con el cambio le avisase en seguida para él decidirse.

El nuevo propietario de las alturas sintióse bien hallado loma adentro, y cuando su compadre, entusiasmado, le preguntó por la calidad de los terrenos, le dijo, encareciendo sus teneres: "Compaaaaaadre, en ese lugar ta ei café poi jangá, ei cacao poi jaticá, ei mango chango y ei cajú pendejo".

Bien curioso es también el hábito exagerador de otro labriego que alardeaba de sus bienes y tenía,

que a favor de

según propia declaración, “lo fruto que cachachean y lo janimalles poi pete”.

Y esto no es un giro privativo de determinada persona, sino formas típicas del lenguaje corriente. Tener las cosas “a patá”, es decir, tan abundantes que anda uno sobre ellas, es otro de los giros comunes en nuestros campos. “Jangá” y “jaticá” traducen formas aumentativas del término castizo “haz”, que se pronuncia “já”. “Chango”, término usual en varios países de América, pero con acepciones distintas de las que tiene entre nosotros, traduce aquí abundancia.

Las expresiones encarecedoras de buen sabor local son numerosas. Hasta hace poco estuvo muy en boga una frase que se aplicaba al oficial del ejército que alcanzaba el grado de Comandante o Coronel: “Tiene ma raya que un güiro”, y si mostraba en el cuerpo su valor escrito en caracteres de cicatrices, que eran a manera de condecoraciones recibidas en la guerra, decíase que estaba “comiíto de balas”.

El niño díscolo corre el peligro de ser “desollado a fueite”. Líbrenos Dios de que nuestra fealdad sea exagerada en un parlatorio del suburbio. Como nada nos dicen: “de tan feo come gente”.

No es extraño oír, en agrias disputas callejeras, que el más picado de los agitadores se encara al otro con estas palabras: “¡Te saco dei flu de una pecosá!”

Notarios hay entre nosotros que cuando se hace el protesto de una letra de cambio o pagaré, al con-

testar el requerido con una evasiva, dicen que han protestado "una y mil veces en defensa de los intereses de su requerente" y otro tanto hacen los Alguaciles, siguiendo el hábito común de exagerar.

Hay una original manera de ponderar la prisa que se da una persona en llegar pronto a donde se encamina. Casi siempre "va que zumba" o "como jonda que lleva el diablo".

El jovencito "privón" anda siempre "más tieso que una palma" y el que gasta fama de comelón no come mucho simplemente, sino que "come más que siete".

Pero lo más ingenioso de este afán de exagerar se halla en una expresión refranera de uso muy generalizado. Para demostrar nuestro ducho hombre de campo su habilidad en no pasar de bobo frente a las patrañas de pícaros y embaucadores, suele decir: "Yo conosco ai cojo sentao y ai tueito duimiendo". Al llegar aquí se ha tocado el punto más alto de la exageración. Feliz manera de abultar las cosas para vigorizar la expresión. En esto el campo se lleva la bandera. En él no se habla sin la gracia de un giro abultador. Allí se le van a los enamorados los ojos detrás de las muchachas, frente al campo labrantío, donde los surcos dan amores, y matrimonios las cosechas.

LA COSTUMBRE DE PERSONIFICAR

HAY en la conversación corriente la costumbre de atribuirle a las cosas inanimadas cualidades propias de personas, lo cual, si bien no constituye una forma privativa del lenguaje popular criollo, los medios de expresión empleados en ella tienen un sabor local muy pintoresco, que podemos explotar como una modalidad del acervo psicológico dominicano.

Es una manera de personificar que solemos oír en todo momento, y que comunica gracia y viveza a las más triviales locuciones. Por lo común se observa en las frases con verbos que expresan movimiento, como verán nuestros lectores en el curso de este trabajo concretado a tan interesante aspecto de la obra que viene ocupando nuestra atención.

Junto a su elegante máquina de coser hay una linda muchacha del campo que, después de adelgazar con sus menudos dientes de perlas el hilo destinado a abrirse camino por el ojo de la aguja, previamente

humedecido en salsa de besos —que no siempre debe decirse saliva— lleva el ligero pie de rosa al pedal obediente y a poco abandona la tarea con visibles señales de mal humor, diciendo: “Esta máquina no ta poi na y hay que dejaila. Quizá mañana quiere cosei”. ¡Bonita manera de atribuirle voluntad a una máquina!

Pero no es sólo la linda muñeca del campo la que culpa a su máquina de no querer coser; es también la del pueblo que, cuando su instrumento de trabajo hilandero tiene en su mecanismo algo que impide el orden dinámico de su engranaje, dice naturalmente: “¡Esta máquina está muy resabiosa!

Muchas veces es un intelectual que abandona el escritorio en que traza con hábil pluma las líneas de un artículo de fondo, porque la cortina, juguete de la brisa, “no lo deja escribir”.

Y ya que tratamos del viento, importa detenerse en él, pues no son pocas las veces que se le ha atribuído malévolas intenciones.

Hace poco le oímos a una guapa moza del suburbio esta expresión muy pintoresca, que no hemos podido olvidar: “Este viento se la pela por alzarme la falda”.

Es hermana de esta otra que más de una vez hemos sorprendido en boca de las bellas en momentos en que se sujetan la falda movida de continuo por el aire agitado: “Este viento me va a hacer quedar en una fea”.

Con el espejo ocurren cosas que dan materia para risa. Hay espejos que gozan de predilección entre las bellas y son sus confidentes más apreciados porque se comportan como unos perfectos embusteros, cosa que no siempre les desagrada a las mujeres.

“Me gusta este espejo porque me hace gorda”, profiere una que le reprocha a la naturaleza la poca carne que le ha dado. “¡Jesús, qué espejo tan grosero!”, dirá de él otra que no le atribuye a la naturaleza la ruin voluntad de hacerla “hermosa” como un tanque.

Nuestras cocineras se extreman en esta clase de expresiones. Da gusto oirlas. “Esta leña no quiere arder”. “La paila no quiere calentarse”. Los frijoles no quieren ablandarse”, y otras muchas por el estilo.

Pero hay que ir “a la plaza”, a nuestro típico mercado. Allí hemos ido nosotros, cartera en mano, a manera de pincel el lápiz, para recoger en la paleta abigarrada del populacho, el material goyesco para las pinceladas encendidas. Allí irá todo el que quiera habérselas con los colores de la vida en bruto, palpitante de sinceridad, bella en su tosca contextura. Una de nuestras visitas al mercado santiagués, en busca de expresiones como las que mantienen el interés de esta página de costumbres, fué una mañana de sol. Una ligera nube inadvertida por los asistentes a aquel espectáculo de frutas, de hojas verdes y de flores, improvisó de repente una llovizna. Una

de las placentas, que no estaba para lloviznas, profirió en voz alta: "¡Qué antojá, vení a apareceise ahora. Y ei maldito paragua no quiere abrise!"

Al poblarse el cielo de nubes, es de rigor la siguiente frase, dicha mientras los ojos observan el nublado: "Como que quiere llover".

Hay expresiones que no se borran de la mente del observador y son aquéllas que traducen aspectos de la vida popular. Una de esas expresiones es la que anotamos regocijados una tarde mientras por esquivar un chaparrón nos acogíamos a la hospitalidad de unos buenos moradores de campo. El techo no era todo lo bueno que de él se esperaba y de repente una gotera — flecha disparada sabe Dios por qué invisible sagitario— hizo blanco en nuestra cabeza, con gran apuro de nuestro protector, que avergonzado del caso, se apresuró a pedirnos excusa de esta original manera: "Amigo, dipense, que eta gotera me la jizo". Y dirigiéndose a la gotera: "¡Maldita, ahí tengo la llagua pa tapaite la boca!".

No menos ocurrente resulta el caso de otro sujeto que yendo a bañarse al río lo encontró hondo y se encaró con él diciéndole: "Sí, eso quisiera tú, que me tirara".

Hasta en los centros sociales suele emplearse esta forma de dirigirse a las cosas inanimadas como si ellas pudieran entender lo que se les dice. Así, son comunes entre jugadores de billar los giros como éstos: "párate, bola!".

Y lo más curioso del caso es que a veces interviene la ira y entonces sube de punto el interés de tales expresiones, como cuando el viento "le echa mano" a un sombrero y hace correr al dueño detrás de él sin poder alcanzarlo. En tales casos es corriente decirle al sombrero: "¡Te doy ma patá que lo que tú vale!"

Podríamos continuar citando infinidad de casos en que con igual fuerza de color local saltan a la vista expresiones originalísimas en relación con el asunto que informa este trabajo; pero sería darle una extensión innecesaria. Para terminar apelamos, no obstante, a una muy típica que brotó de los labios de una consuetudinaria mujer de ventorrillo. Todo su capital lo empleó en aguacates, pero le inquietaba la pasividad con que eran solicitados, hasta que un día, temerosa de tener que comérselos para no perderlos, no sin grave riesgo para ella, o de usarlos en el lavado de cabeza, para aumentar la suavidad y el brillo de su pelo, se atrevió a decir contemplándolos, con las manos puestas en la cintura: "Pero bueno, ¿estos aguacates no harán cuenta de venderse?"

LAS INTERJECCIONES

NUESTRO lenguaje popular es rico en interjecciones que le dan viveza y colorido. Interjecciones y exagerada mímica se completan en el criollo hablar. Esos matices de gráfico interés parlante, que animan el estilo y vigorizan la expresión, son muy típicos en nuestro medio. Su uso trasciende a prodigalidad. De tal modo abunda el uso de las interjecciones y de los ademanes, que individuos hay más decidores que habladores. Todo lo dejan entrever, aun las cosas más graves, que sólo se dicen por debajo de cuerda, y apenas si profieren palabras.

Muchas de nuestras interjecciones son susceptibles de interpretaciones diversas, según el tono que se les imprima. “¡Anjá” y “¡jun!” tienen esa particularidad, como ahora veremos. En los relatos, el oyente que se alegra de un suceso, exclama entusiasmado, interrumpiendo al que habla: “¡anjá!” Tal vez refiere la nueva del compromiso de un amigo suyo con una guapa moza distinguida. La noticia

transporta al oyente, que no puede contener la vibración del goce inesperado y prorrumpe jubiloso: “¡anjá!”

Pero a veces la nueva va por otro camino. Se trata de una joven que traspuso la frontera de lo prohibido y sin quererlo brindó combustible a la hoguera de la murmuración. Al escuchar la nueva, el auditor curioso se admira de la referencia y exclama con acento de interrogación: “¿anjá?” Como una derivación de “anjá” tenemos la forma “¡Angelina!”, que significa “así es”.

Como con “¡anjá!” acontece con “¡jun!” En el sentido de sorpresa se pronuncia grave y enfáticamente; pero cuando envuelve amenaza suele tener un acento particular acompañado de un ligero movimiento de cabeza semejante al empleado en la afirmación, y cierta contracción muscular del rostro. En este caso pierde en énfasis lo que gana en intención. “Me han asegurado que hay un espía del Gobierno para seguir tus pasos” —dice un sujeto a su amigo— y éste exclama por toda respuesta: “¡jun!” En esta brevísima exclamación palpita todo un discurso sin palabras; ¡jun! vale aquí tanto como “¡tú verás, mi tiempo ha de venir y cuando venga, que nadie se lamente, que a cada santo le llega su día y cuando el agua cae del cielo, en lodo pára!” También se usa en caso de duda. “¿Quién triunfará en las elecciones?” — “¡jun!”

“Anda!” y “¡andá!” tienen igual significado de

sorpresa, sólo que la forma aguda exige la prolongación del último sonido y así la verdadera expresión gráfica de esta última interjección es “¡andaaa!”, que admite a veces hasta diez aes, según la intensidad de la sorpresa.

La interjección “¡unjú!” tiene dos sentidos diferentes, uno de conformidad con lo dicho por otro, equivalente a “está bien”, y otro de inquietud ante algo perjudicial inesperado, y que tiene el mismo valor de “¡vean qué cosa!”

Expresiones ilustrativas del vario uso del referido grito exclamatorio son las siguientes: “Su compadre me encarga decirle que le venda la mula en los cien pesos” — “¡unjú!” Tan breve respuesta, dicha sin énfasis, no exige otra pregunta, y el mandadero se ausenta seguro de que lo propuesto ha sido aceptado. Por el contrario, si el mandadero dice: “Su caballo se lo robaron anoche”, el perjudicado responderá en otro tono y con marcada acentuación: “¡unjú!”, que es como si dijera: “¡Vaya una calamidad!”

La interjección “¡uy!” tiene un gran valor ponderativo. Si se trata de encarecer la magnitud de una cosa, su uso viene a pelo, tal como se observa en este ejemplo: “¡Uy! está el plátano que hace ola”.

Interjecciones que significan la alegría que nos produce ver a un amigo que estuvo por largo tiempo ausente de nosotros, o el hecho de notar un cambio favorable en su persona o en sus intereses, son: “¡barajo!” y “¡alabado!”

“¡Barajo!, ¿tú aquí?” — nos hace exclamar el amigo que de lejos viene a visitarnos, y si notamos que ha hecho fortuna, conquistado un título o rendido un bello corazón de mujer, prorrumpimos: “¡alabado!” Esta última interjección es más expresiva que la primera y por eso le conviene mejor al cambio favorable del amigo en el ejemplo que antecede. También suelen decir algunos “¡barántula!”, en vez de “¡barajo!”

En caso de alarma o de temor es corriente decir: “¡ofrézcome!” Es una exclamación propia de personas religiosas, pues la idea es la de ofrecerse a algún santo. También suelen usarse en esos casos “¡Santísimo!” y “¡Jesús!”. Cuando surge un relámpago es muy corriente también decir “¡manífica!”, corruptela de “magnificat”.

Interjecciones de enfado son “¡maldición!” y “¡condenación!”, que se oyen a cada momento en boca de la gente. Pasa un chico imprudente corriendo a caballo por delante de un grupo de personas que charlan en una esquina. Cerca del grupo hay agua apozada en la calle y el pequeño jinete salpica a uno de los contertulios que, al verse de esta suerte, exclama indignado: “¡maldición!” La fea mancha de lodo, punto de atracción de todas las miradas y blanco de las risas convertidas en saetas, le hará exclamar a alguno de los compañeros: “contra!”, uno de los más usuales gritos de sorpresa.

Hay otras exclamaciones de sorpresa empleadas

por una persona que desca invitar la atención de otra hacia aquello que motiva su asombro, y son: “aguarte!”, “asunte!” y “mire!”, que dan origen a expresiones admirativas como la siguiente: “¡vaya uté mirando!”

Entre las exclamaciones más vulgares ocupa el primer puesto la más usual y gráfica de todas: “¡carajo!”. Es una interjección de rabia y está asociada a las más crueles escenas de sangre. “¡Caraca!”, “¡caray!” y “¡carijo!” son otras formas variantes de la misma expresión, menos burdas y enfáticas, pero muy usuales.

“¡Fo!” no es criolla, pero sí lo es una que expresa la misma idea de repulsión hacia las cosas que despiden mal aliento, y cuyo valor fonético no es posible expresarlo con exactitud. Como el órgano ofendido con el ingrato olor es la nariz, ésta se encoge en un gesto de repugnancia y brota la expresión nasal que, a falta de otra más propia, podríamos representarla de este modo: “¡juñ!”.

Pero las más curiosas y pintorescas son las que se emplean para llamar o acosar a los animales, amansarlos o dominarlos. Para llamar al perro se le dice repetidamente: “¡sitón!”, “¡sitón!” y para despedirlo: “¡marche!” o “¡ajile!”, mientras que para azuzarlo se le grita: “¡suba!”. El cerdo acude al oír que lo llaman “¡Purrú!”, “¡purrú!” y huye si oye que le gritan “¡cicoche!”.

El pavo acude al oír “¡pai!”, “¡pai!” repetidas

veces. El “¡ti!” repetido igualmente es el grito para atraer a las gallinas, que no bien lo oyen echan a volar hasta detenerse en el barrido patio decorado de rubios granos, que la mano de la abuelita fué regando hasta ver el suelo animado de pintadas plumas. Precioso cuadro el del amanecer en el campo. El viejo de la casa, madrugador como el lucero del alba, completa la delicia del café mañanero con la jígüera henchida de gránulos de oro, fiesta de picos golosos y de buches calientes. Su voz algo gastada para los sonos agudos, se deja oír en el ambiente fresco de la hora: “¡ti! ¡ti! ¡ti!” y una revolución de alas inquietas pone su nota de color junto a la cocina y al rancho repleto de aparejos.

Un pollo listo ha saltado sobre la jígüera abundante: “¡antojao!” prorrumpe el viejo de la casa, y agrega: “¡Sió!”, mientras el emplumado vuela con algunas plumas menos. “¡Pindí! quisiera todo el maíz para él”, añade. Entre tanto, cunde el levantamiento de toda la familia. “¡Ton! ¡ton! ¡ton! se oye en otro sector de la rusticidad solariega: es el grito con que se llama al caballo acostumbrado a la tiranía del freno y a la ley de la soga. Y si el bruto se encabrita y amusga desconociendo la mano que le tiende el cabestro, se oirá que le dicen: “¡sité! ¡sité!” o “¡sichólate!”. Va a ser ensillado acaso para que gane su lomo rollizo, a mujeriegas, una de las niñas de la casa, mientras “le den el pie” a tiempo que profieran “¡hupa!”.

Y cuando ella lo monte, tal vez le falte destreza en el manejo de las riendas, y el brioso animal eche a correr ¡cataplán! ¡cataplán! ¡cataplán!, hasta que ella pierda el equilibrio y “¡brudú!”, al suelo.

“¡Brudú!” es caer de bruces, voz que, unida al “¡cataplán!” que representa el ruido del galope, forma dos originales exclamaciones onomatopéyicas. Y todo este cuadro del campo al amanecer para aplicar las interjecciones y evitar la monotonía que hubiera producido una extensa lista de estas voces que son acaso los elementos psicológicos de más valor en el tesoro del habla popular.

VOCES ACABADAS EN "IO" Y EN "EO"

ES CURIOSO ver cómo, por intuición, nuestro vulgo sigue la lógica del lenguaje en la formación de su vocabulario. Así, con la desinencia "ío" ha creado voces que significan copia, conjunto o rimerero.

En nuestro típico mercado, donde las burdas comadres vuelcan, sobre la tosca mesa de vender, las árganas repletas de frutos, hay siempre, al decir de las que van de compras, el "fruterío" que da gusto. No expresarían lo mismo diciendo "frutería", que significa, como saben los lectores, lugar en donde se venden las frutas y no éstas en la típica exhibición en conjunto.

Si en vez de ir al mercado nos encaminamos a la playa del río sobre cuyos guijarros tiende la lavandera, ya libres de la mugre plebeya las prendas de vestir, se nos llena la vista de colores fuertes y chillones, y diremos frente a la ropa puesta a secar al sol: "el roperío".

Y con esa ilusión del tendido abigarrado, palpa-

mos la ropa misma, cuantiosa y alegrera, dando ya su nota blanca, ya de tonos diversos sobre los romerillos de la playa, y hemos de decir "el roperío", y no la "ropería", como reza el lenguaje castizo.

Las campesinas que traspusieron el lapso del "encargo" y están de cría, se hacen de los paños necesarios para el nene, a los que llaman "trapos", y así mandan siempre a lavar "el traperío". La criatura está "que es haberío" a todas horas, según expresión en ellas muy corriente.

Si los chicos traviosos se dan al placer de silbar o pitar dentro de la casa, se oirá la voz paterna: "¡Fuera el piterío!". Detrás de la cocina, campo propicio a la matanza, los cerdos dejan siempre "el pelerío".

Hay el término castizo "muchachería" en su doble acepción de muchachada y muchedumbre de muchachos; pero nuestro vulgo usa su término "muchacherío", o sea conjunto de muchachos, y "griterío", como en México y la Argentina, y cuando éstos arman su algazara, no decimos la "vocería" como quieren algunos gramáticos, sino "el vocerío" término de un uso muy generalizado en América.

Nuestro vulgo desconoce la voz "papelería" como conjunto de papeles sin orden. Lo que él entiende por tal cosa es "papelerío".

En todo tiempo son inconvenientes los trajes viejos —decíanos una vez cierta señora— porque a lo mejor anda una con "el flequerío".

En los tiempos que fueron propicios al carácter levantisco de nuestra gente, hubo sangrientas luchas entre los bandos que se discutían el poder, y ponderando la magnitud de los combates era seguro oír hablar del “triperio” con que terminaba por lo común una batalla.

Lo peor de los lugares desaseados, se dice comúnmente, es que suele haber en ellos “un mimerío” o “un moquerío” insoportable.

Otras voces típicas hay con la terminación “eo”, que expresan el acto propio de los verbos de que se derivan. Tal es el vocablo “fogoneo”, que expresa el acto de “fogonear” o hacer fuego con las armas.

No nos gusta el comercio al detalle —dirá uno del oficio— por el “cuartilleo”.

“Gabiar” es término criollo que significa trepar a los árboles, y así hay campesinos prácticos en las maniobras de “gabeo”, a quienes se les paga la operación de tumbar cocos. Este ejercicio también se denomina “gateo”, de gatear, que nos traen los diccionarios.

“Zangoloteo” es voz corriente y castiza; pero aquí se dice “zanguluteo”, de la misma manera que decimos “tongoneo” adulterando la voz pura “contoneo”.

El plato denominado “majarete”, que no es exclusivo de este país, tiene entre nosotros una acepción figurada que pertenece al vocabulario político. Majarete es, en ese caso, combinación hábil de un

partido para alcanzar un fin. De ahí los expertos en "majaretiar", que de sobra los tenemos, para quienes es un gusto el probar su actitud para el "majareteo".

Pero hay quienes rehuyan la responsabilidad de un plan político después que están en él, y ya esto es "barajeo".

En todos los órdenes existen los "barajadores" que, al tener que habérselas con dificultades que creyeron no encontrar en su camino, renuncian a seguir y se avienen al "barajeo", divisa de los conservadores.

No sólo el hablar mucho sino el decir lo que no se debe, ha dado origen a la voz "lengüeteo".

El hábito, común en el campo, de salir a pedir por el vecindario para el puchero que descansa de la tortura del fogón, es lo que se llama "marotiar" y de ahí el "maroteo", de uso tan común en el país.

No es menos común el "comadreo" o hábito de hablar mucho, que inspiró uno de estos capítulos de literatura costumbrista, y el "fisqueo", hábito caracterizado principalmente por el uso indebido de la "ese" en la pronunciación, que también dió origen a otro capítulo de costumbres, que ya conocen nuestros lectores; y el "degodeo", que es una especie de libertad sospechosa entre novios que agotaron sus reservas de prudencia; y el "curcuteo" o modo de andar en los bolsillos o baules ajenos en busca de papeles privados para sorprender algún secreto o

en las despensas en persecución de algún manjar sabroso.

También hay el "panqueo" o salto en el que una de las piernas desciende en forma circular hasta partir el agua con violencia; y el "mamoneo" o sistema de eludir responsabilidad con respuestas vagas que no comprometan al que habla, lo cual significa también "barajeo", de que ya hemos hablado; y el "taraqueo" o modo de agarrar una persona zarandeándola en un acceso de cólera; y el "jututeo", por último, en la carnicería de un vecindario rural, anunciador, desde la prima noche, de la carne que se pondrá a la venta al día siguiente. Amable són este del "jututo", cuerno a modo de trompeta, tan familiar a los que se duermen muchas veces oyéndolo como un gemido prolongado, como si por él se lamentara, al soplo del viejo matarife, el ható repleto de verdura.

E L V E R B O C O G E R

CASI TODOS los verbos castellanos tienen en nuestro lenguaje popular acepciones diferentes de las propias y castizas. De lo más interesante de nuestro acervo de dominicanismos son estos significados originales que toman en el país los verbos más usuales del idioma. De dos de ellos nos valemos para puntualizar en este acopio de tipismo esas peculiaridades de nuestro léxico ordinario. Son ellos "coger" y "dar".

Las acepciones originales del primero son más numerosas. "Cogerse" es incurrir en falta o delito: "Te cogiste". Es la frase propia del niño, pronunciada en el acto en que su compañero hace un daño en la casa.

Apropiarse una persona lo bueno o malo que a otra se le dice es "cogérselo para ella". A menudo profiere nuestra gente escarmentada: "En presencia de un padre no hables mal de su hijo, porque se lo cogerá para él". Cuando se desea que alguien res-

**coger no es dar. sino coger en la parte
del "recibir" en si mismo. etc.*

ponda al insulto que recibe un compañero suyo, se le dice en tono de amenaza: "Cógetelo!".

Los carpinteros usan este verbo en el sentido de penetrar, refiriéndose al clavo en la madera, verbigracia: "Esta madera coge bien el clavo". Se comprende que no han necesitado perforarla previamente para la operación, sino que el clavo no ha hallado resistencia que le obligue a saltar, al golpe del martillo, ni doblarse a causa de la dureza del madero.

La planchadora lo usa en el sentido de deslizarse suavemente la plancha sobre la ropa y dice: "Este corpiño coge bien la plancha, pero esta falda no la coge".

La cocinera le da a "coger" la significación de impregnar, comunicar, tratándose de alimentos, y así exclama: "Los plátanos cogieron la sal"; "la paila no coge el sazón". Sazón es siempre masculino para nuestro vulgo.

Los ganaderos le dan el sentido de irle bien a un animal el lugar en que lo tienen. De ahí estas expresiones: "La rescua cogió bien el sitio". "Me traje las vacas porque no cogían el piso".

También se usa en el sentido de comprender rápida y maliciosamente, según se observa en estos ejemplos: "La cogí al vuelo", que es tanto como manifestar: Caí en la cuenta. El campesino cibaño adopta la ambigüedad para no comprometerse en asuntos que, como él mismo dice, ni le van ni le vienen, y cuando alguno penetra en el sentido de lo

que otro expresa con rodeos, profiere victorioso: "Te cogí la punta!". Los que malician algo en una reunión se la pasan callados y de ellos se dice que "están cogiendo punta".

Otra acepción original del mismo verbo es la de suceder, ocurrir, tratándose de asuntos adversos. Así, el herido en el combate, el castigado por la Justicia o de algún modo privado de su tranquilidad, "coge su pico". Pico es parte.

Cuando el mal que le acontece reviste proporciones muy graves, se dice entonces: "Cogió cacao del lembo". Y valga una explicación. "Cacao" lo usa nuestro vulgo en dos frases diferentes: "pedir cacao", equivalente a proponerle al enemigo las paces, y "coger cacao", que significa recibir un daño.

"Coger" se usa también en el sentido de pegar: "Ayer cogiste fueite y hoy vas a cogerlo". Es amenaza propia de la madre de familia.

Ya en el capítulo "Los pleonasmos" nos referimos a la frase criolla "Lo cogió cogió".

Con este verbo tenemos un proverbio típico: "Culebra no se coge en lazo", y una expresión de sentido onomatopéyico, atribuída al cuervo:

"Corre que te cojo!".

me parece que en su mayor parte estos usos de "coger" son todos castijos para el punto de poder caer dentro de las acepciones dadas por el Dic. es decir: avor, abarcar, tomar, recibir en sí una cosa, ocupar cierto espacio, ocupar un lugar, ocupar un sitio, etc.

*y coger
especie
manejado
pico
puede
ser "coger"
"coger"*



E L V E R B O D A R

EL VERBO "dar" tiene, como el anterior, acepciones puramente criollas. Se usa como sinónimo de defecar y en este sentido es corriente oír expresiones como éstas: "Quiero dar del cuerpo". Hablando de la "feregoza", planta silvestre de reconocidas propiedades tónicas y anticatarrales, decíanos ha poco un campesino que la planta es muy buena pero tiene el inconveniente de que "no da del cuerpo el que la toma".

"Dar" se usa también como visitar, en el sentido de dispensar cuidados. En este caso se construye con el sustantivo "vuelta" que, como se verá en los ejemplos, significa atención, asistencia, verbigracia: "Desde que me casé no dejo de darle vuelta a mi mamá". Al preguntar uno si una persona acostumbra visitar una casa, es de rigor esta respuesta: "Ella siempre se da sus vueltecitas". Es propio del hacendado criollo proferir, dirigiéndose a los peones:

“¿Me le dieron vuelta al ganado?” Y no faltará quien responda: “Yo no dejo de dársela”.

También significa enorgullecerse, enfatuarse, y menudean expresiones como éstas: “Este hombre sí se la da”. “No te la des tanto, que yo te vi nacer”.

Construído con el vocablo “mano” tiene el significado de reñir. Corriente es aquello de “Darse uno la mano con otro”.

Los galleros lo emplean en sentido supersticioso para denotar la buena o mala fortuna de un color de gallos en determinado día de pelea. Observan ellos las primeras riñas y si los gallos de color de canela son los victoriosos, creen arriesgado apostar a gallos de otra “pinta”. Las expresiones en este caso son por el estilo de la siguiente: “Esta es la pluma que se da”. ↗

No es ya dominicanismo, sino americanismo, la significación de “dar” en el sentido de medrar una planta en un sitio: “El junco se da a la vera del río”. “El magüey se da en las barrancas”, y “las lilas se dan en el agua”.

Las que domestican cotorras suelen enseñarlas a engrifar las plumas de la cabeza con sólo decirles en tono cariñoso: “Da el piojo, cotica”. En seguida el ave trepadora pone en erección las plumas de la airosa cabeza, doblando el cuello para facilitar la operación. Y los dedos mimosos de la dueña hacen en la cabeza del ave ademán de sacar el piojillo imaginario que la atormenta. Tan común es esto, tra-

este puede considerarse una extensión
de "dar" cuando se trata de progre-
sar, como se ve en "se da a la tierra".
más que se da aquí

tándose de cotorras, que lo primero que se le ocurre al visitante de una casa en donde hay una, es preguntar si "da el piojo".

Uno de los más comunes usos criollos de este verbo es el que se refiere al acto de subir a caballo una dama a quien se la toma por "el pie de montar", que siempre es el derecho. La frase típica empleada en este caso es "dar el pie". Para un campesino galante no hay placer mayor que "darle el pie" a la moza de su predilección.

También se toma a "dar" en el sentido de impedir, con relación al vado, y su uso en esta acepción igualmente típica es tan común como la anterior. Así oímos ordinariamente exclamar a nuestros arrieros: "El río no da paso".

"Dar" entra también en la formación de estos proverbios: "Darse santo en los pechos" y "aquí es dar como no dar", que significan, el primero lo conforme que debiera estar el que se queja de su estado si pensara que se le estima en más de lo que vale; y el segundo el desprecio con que se ven venir los ataques y toda suerte de calamidades. Es una expresión de orgullo, un alarde de fuerza, una protesta de serenidad.

Con el golpe de pecho se aligera el ánimo de culpas y se alcanzan satisfacciones. También se expresa gratitud al Dispensador de todo bien. Por eso, cuando los deudos de una joven raptada, no obstante haber sido reparado el daño con el matri-

*pero no
debo ser
dar en el
vado, la de
los ríos de
paso.*



monio que la une a un joven superior a ella en algún sentido, se muestran inconformes con la solución, suele decir la gente murmuradora: "¡Debieran darse santo en lo pecho!". El otro refrán anda siempre en boca del altivo hombre del pueblo, que lo dispara como un desquite formidable al verse bloqueado de dificultades: "¡Aquí es dar como no dar!".

LA FRASE "COMO QUE"

LA FRASE "como que" es muy de nuestro vulgo, que le da un significado dubitativo. Es de las expresiones más comunes que tenemos, de cuyo empleo ha venido abusándose, como se advertirá en el curso de esta página de costumbres.

Probaba un refresco cerca de nosotros cierto mozo callejero muy dado a trasnochar, de esos que suelen hacer alto en los cafés para hilvanar, en amable corrillo, aventuras picarescas, y profirió, paladeando el líquido: "Como que sabe a limón". Es la frase ordinaria en estos casos.

Frente al recién nacido cuya figurita contempla con ojazos de curiosidad, exclama la buena vecina que va a "llevarle el favor" a la puérpera: "Como que se parece a su taita".

Cuando el listo muchacho desata su viveza en la flor de una risa, en tanto llueve sobre su rostro el paternal consejo, es común el acento de la madre

quejosa temiendo por la suerte de su hijo: "Como que no tiene vergüenza".

Cuando sobreviene calor sofocante, que suele tomarse como indicio de próxima lluvia, lo ordinario es oír expresiones como éstas: "Como que quiere llover".

Hace poco fuimos designados en compañía de un amigo para cumplir una simpática misión cerca de los padres de una linda muchacha. Tratábase de una petición de mano para un mozo, vencedor entre varios que padecían achaques de pasión por la bella. La recepción fué muy cordial. Comenzamos por afirmar que entre la guapa moza y nuestro representado mediaba una corriente natural de simpatía, a lo cual asintió la madre de la criatura con esta original declaración: "El, como que está por lo serio, y ella, como que lo quiere".

En parecidos casos hemos oído expresiones idénticas. Así, pintando el estado de su hija con relación al insistente empeño de un amante, se expresaba la madre en estos términos: "Ella como que quiere y como que no quiere".

Pero oigamos a una hábil mujer del pueblo en la "lectura" de una taza de café: Frente a ella arde, en ansias de conocer la suerte que le aguarda, una airoso joven. La mirada escrutadora se detiene en las figuras caprichosas del líquido secado a fuego en el fondo, paredes y borde de la taza, y habla la astuta mujer: "Como que usted va a dar una salida; como

que se va a encontrar con una persona; como que le va a dar la mano y... como que van a tener una conversación sobre un dinero". Hace una breve pausa y con acento amanerado prosigue: "Como que usted tiene una promesa; como que usted piensa en ella; como que la va a pagar pronto". Expresamente ha dejado para lo último lo que más le interesa a la muchacha: "Como que usted tiene un enamorado, y como que a usted le gusta; como que usted piensa mucho en él; y él, como que le tiene vergüenza".

Y para terminar traemos a cuento la ocurrencia de un viejo campechano en el consultorio de un médico festivo. Interrogado por el galeno acerca de lo que sentía, respondió a su manera: "Siento como que tengo algo grande y como que no tengo nada", a lo cual respondió con gracia nuestro médico: "Pues yo, como que quiero recetarle, y como que no quiero".

FRASES PROVERBIALES CONS- TRUIDAS CON EL PROCLITICO "LA"

ENTRE las muchas frases proverbiales del medio son notables las que se construyen con el proclítico "la", por el carácter de cosa extraordinaria o superlativa que tienen, las cuales no son más que expresiones que denotan el grado máximo de intensidad a que llega o puede llegar una acción favorable o adversa.

He aquí una de las más usuales: "Aquello fué la acabosa", corrupción de "el acabose". Se aplica solamente a las fiestas que tienen un fin dramático, que se acaban a palos o a tiros, o a las epidemias que causan muchas defunciones. Así, la vez que hubo en Jacagua, sección rural de la común de Santiago, un aguinaldo que terminó en una riña, de la que resultaron tres muertos y ocho heridos, se decía, comentando la tragedia: "¡Aquello fué la acabosa!" Y de igual modo, cuando la influenza azotó aquella población en 1918, la frase de rigor para indicar la

mortandad que hubo, era la misma. Se dice, recordando el desastre epidémico: "Aquello fué la acabosa".

Hay otras frases proverbiales que en los casos ya indicados pueden sustituir a la anterior, tales como "Fué la tutumpota" y "Fué la de todos los diablos", equivalentes a estas muy conocidas y generalizadas, que no proceden del medio: "La de San Quintín" y "La de Dios es Cristo".

Nuestras pasadas revoluciones dieron origen a esta otra frase de idéntica virtud ponderativa, que se aplica a los mismos casos mencionados: "La de sálvese quien pueda". Es de suponer la confusión reinante en una tropa sorprendida cuando menos sospecha la presencia del enemigo. Eran comunes, en nuestra pasada vida política, los casos de cantones bruscamente atacados mientras la tropa comía o descansaba. En tales circunstancias no era posible oponer, al brusco ataque, una ruda acción de armas. En medio del desorden cada cual quería salvarse apelando a la fuga. Entonces era de rigor, en boca del jefe, el "sálvese quien pueda!" Hoy, con referencia a un hecho de sangre en el que la necesidad de huir fué decisiva, es común oír decir, en la viveza de un relato, que aquello fué "la de sálvese quien pueda".

Cuando alguien no quiere arriesgarse en una empresa que requiere audacia, y se ve instado a ello por alguna persona, suele exclamar: "¡Esa fuera la última!" La última, en este caso, significa "lo últi-

mo que yo hiciera". También suele decirse: "Entonces si es la gorda".

Con referencia a una excursión, baile u otro género de fiesta en cuya celebración se gozó mucho, es común decir que resultó "La de chupe uté y déjeme el cabo". El origen de la frase no puede ser más típico. Para un campesino fumador es muy valioso un cabo de cigarro. "Prétame tu cabo" y "Déjame un cabito" son expresiones que no faltan, con mucha frecuencia, entre los campesinos. De ahí que la fiesta, así de la ciudad como del campo, sea, cuando procura grandes satisfacciones, "la de chupe uté y déjeme el cabo".

Hay una de estas frases proverbiales cuyo uso solemos oír desde la infancia. Es "La de nunca acabar". Cuando se está en una obra cuya terminación dilata por los obstáculos continuos que se presentan, acude a los labios de las personas esta frase.

"La de apaga y vámonos" es otra frase proverbial que, si bien suele emplearse en ocasiones con referencia a sucesos lamentables, su uso más propio, y más frecuente, por tanto, es con relación a escenas amorosas en las cuales se resintió la honestidad, como se comprende por los términos que la componen. Así, cuando dos novios traspasan, en sus mutuas caricias, los límites de la prudencia, la murmuración se arma con la frase que nos ocupa, y se dice entonces que "Aquello era la de apaga y vámonos".

Pero la más usual de las frases proverbiales cons-

Handwritten note:
"Se vió en la de amansa gato"

truídas con el proclítico "la", es ésta, llena de fuerza y de color: "Se vió en la de amansa gato". Proviene del campo. En verdad sólo un campesino sabe a fondo lo grave que resultaría la tarea de amansar un gato cimarrón. Hay quienes lo hayan intentado, sin más resultado que el escarmiento, pues el animal, cuando lo atrapan, pugna por la fuga y al no lograrla ataca furiosamente al enemigo de su libertad. De ahí el origen de la frase.

Cuando una persona se halló en un trance peligroso en el cual comprometió su vida, o cayó en un embrollo, víctima de la mala voluntad de algún sujeto, es corriente decir que se vió "en la de amansa gato".

NUESTRA SABIDURIA POPULAR

LOS REFRANES traslucen la filosofía del pueblo que los usa. Hay en ellos chispazos del talento inculto que compendia, en frases de seguro efecto, la sabiduría que la observación y la experiencia diaria de la vida fueron acumulando en el entendimiento del astuto Sancho colectivo. De ahí el interés de cada país en coleccionar los suyos como la más valiosa expresión del alma popular.

Aquí usamos los nuestros juntos a los de otros países, especialmente los de España, y para que resulte interesante esta colección, que iremos lentamente enriqueciendo, la presentamos en forma amena con la interpretación de cada uno de ellos.

Si a pesar de su obscuro ascendiente una persona de quien se esperaba algo bueno defrauda con un hecho indigno las esperanzas que se cifraron en ella, los desengañados exclaman recordando su origen: "aullama no pare calabaza", que equivale al proverbio

español “pedir peras al olmo”, o bien a este otro: “El que descende de coco, hasta piñonate no pára”.

Después que ocurre un hecho es imposible deshacerlo, idea que suele expresarse con este refrán: “Palo dao ni Dios lo quita”.

Cuando se confía a alguno un asunto superior a su capacidad, se acostumbra decir “Pollo pelao no sube a palo”, y para el que trabaja constantemente sin lograr la redención de su penoso estado de pobreza hay este proverbio: “Amolando y siempre boto”.

La idea de que el que tiene un vicio arraigado muere con él a pesar de los empeños que haga por vencer su mala inclinación, responde cumplidamente a este nuevo refrán: “Perro huevero, aunque le quemén el hocico”, o a este otro: “El que nace barrigón, aunque lo fajen”.

Y de qué original manera suele expresarse la independencia de carácter de que blasonan algunos: “Yo como en mi casa y hebo en el río”.

Cuando una joven campesina se muestra implacablemente desdeñosa con uno de sus pretendientes, el adorador ofendido suele decir, tomando aquel desprecio como expresión de altanería: “Más altas son las palmas y los puercos comen de ellas”, con lo cual expone dos ideas diferentes: que a fuerza de perseverancia se adquieren cosas muy difíciles de lograr, y que las damas encumbradas no están exentas de caer y una vez perdida la posición que antes ocupaban, todos pueden alcanzarlas.

x m ave

"Todos los judíos ponen juntos" equivale a la conocida expresión figurada: "Ellos son blancos y se entienden", idea que los ingleses expresan con este refrán: "Aves de un mismo plumaje vuelan juntas". (Bird of the same feather flow together).

El que tiene una dificultad con alguno superior a él en todo sentido, siempre recibe la peor parte: si le va encima al grande, malo; si el grande le viene encima, peor. Tal idea está admirablemente expresada en este refrán: "La desgracia de un huevo es chocar con una piedra". También suele decirse: "La sogá rompe siempre por lo más delgado".

Es muy corriente aquello de que los padres más pobres son los que tienen más hijos. Esa fecundidad de la pobreza está graciosamente expresada en este refrán: "Mientras más flaco el perro, más pulgas tiene". X

La idea de que no todos tienen unas mismas facultades intelectuales, va envuelta en esta curiosa frase proverbial: "todos los cocos no dan agua dulce".

Hay hombres pendencieros que hallan fácil coyuntura en las personas cobardes o en las prudentes y pacíficas para lucir sus falsos alardes de valentía. Respetan siempre a los que tienen bien sentada reputación de ánimo y de ahí el conocido refrán: "Puerco no se rasca en jabilla".

Los que emprenden sin deliberación alguna, llevados de su fanfarronería quijotesca, obras superio-

X En el Dic. "a perro flaco todos se pulgas" "el perro flaco todos es pulgas"



res a sus fuerzas, “no saben lo que cuesta un peine en cabello malo”.

Para significar que con buena voluntad no hay nada difícil, figura esta sentencia: “Con la candela no hay jicotea dura”. Es la misma idea del aforismo español: “Querer es poder”.

“El buen nadador no va contra la corriente”, decimos para dar forma gráfica al mismo contenido filosófico de este proverbio extraño: “Adonde fueres, haz lo que vieres”.

La indiscreción de algunos interrumpiendo idilios y diálogos privados con su importuno acto de presencia, dió origen a esta curiosísima expresión figurada: “Nunca falta un pelo entre un sancocho”.

Nuestra gente es en su mayoría destinista y siempre cree que cuando le sucede algo, es obra de su buena o mala estrella, y así dice: “La yagua que está pa un burro no hay vaca que se la coma”. “La que viene derecha no tuerce”, “La que viene lisa no trae arrugas”, idea que en otra parte expresan de este modo: “Lo que conviene a la mano viene”, y en lo que al casamiento respecta: “Matrimonio y mortaja, del cielo bajan”. X

La intuición clara sobre la ventaja de la cooperación está manifestada con fidelidad en este refrán: “Donde ponen muchas gallinas parecen nidales así sean hueros”, y el convencimiento de que para el necesitado, a falta de otra cosa mejor, lo que parece es bueno, tiene su interpretación filosófica en estos

x bien casado es repán

+ no en el mismo refrán, es mejor
equivaler a "no nos debemos llevar
de los apariciones".

— 79 —

dos refranes: "En tiempo de tormenta cualquier agujero es puerta", "En llegando a peor o nada, lo que no sirve está bueno", equivalentes al proverbio español "En tiempo de hambre no hay pan duro".

A muchos que sin serlo creen pasar por cultos porque se reúnen con gente culta, y por personajes de nota porque buscan honrosas compañías, se les moteja con este adagio: "El maco no es peje porque esté en el agua", que es la misma esencia filosófica de este refrán español: "El hábito no hace al monje".

El reconocimiento de unas mismas cualidades, disposiciones y talentos, evita siempre muchos rozamientos y diferencias. Para exteriorizar el sentido de esa renunciación a la lucha entre dos que se respetan, hay este proverbio: "Filo con filo no se cortan".

El proverbio vernáculo que expresa la misma idea contenida en el refrán extraño: "La ocasión la pintan calva", es el siguiente: "El día bueno meterlo en casa".

Una expresión refranesca muy optimista, con la que suele exhortarse a la conformidad, es ésta: "En lo que el hacha va y viene, descansa el palo".

Y de qué modo más original está expresado el sentido de la acción en este giro sentencioso: "Camarón que se duerme, se lo lleva la corriente".

Sólo el que sufre conoce la intensidad de su pena

+ no es rombo, castizo, o dice

y de ahí el adagio: “El corazón del llame sólo lo sabe el cuchillo”.

La malicia zorruna de los que no caen en ardides, porque saben esquivar las redes que les tienden, dió origen a este proverbio: “Culebra en su cueva, nadie la pisa”, y la idea de que nadie debe hablar mal de sus parientes, está expresada con gracia en los dos siguientes refranes: “El que de su falda corta.” “A lo tuyo con razón o sin ella”.

“Comenzar a gatear por el cogollo” es refrán con que se combate la torpeza de algunos en querer comenzar las obras por lo más difícil.

“Atajar para que otro enlace” es hacer uno la obra y otro recoger el beneficio. “Unos tienen la fama y otros cardan la lana”, dicen los españoles.

Como expresión condenatoria a los que aconsejan hacer frente a responsabilidades y ellos no aparecen a la hora de recibir los golpes de la lucha, hay este refrán: “La lengua habla y se esconde y el hocico es el que paga”

La idea de no unirse una persona sino a las de su clase y condición, está expresada en este proverbio: “Cada pan tiene su queso”, que equivale a este otro, de idéntica significación aunque no de origen criollo: “Cada oveja con su pareja”.

“Ese huevo quiere sal” es refrán empleado en los casos de cortesía o regalos procedentes de personas de quienes menos se esperaban, que gastan esas atenciones con un fin interesado.

Para dar idea en forma sentenciosa de que de la familia más humilde puede nacer un sabio, suele decirse: "Debajo de cualquier yagua vieja sale tamaño alacrán".

Y por último, aplicable a los políticos, que hablan mucho de la patria y sólo buscan un interés personal, hay este refrán: "El perro ladra por la tajá".

LA FRASE "COMER BURRO"

CARACTERÍSTICA del lenguaje popular criollo, es la significativa expresión "comer burro", de muy frecuente uso en el Cibao, y muy especialmente en Santiago, en donde se la oye a menudo en la conversación.

Su origen data del año 1914, tiempo en que la revolución contra el régimen del Gral. Bordas Valdés puso sitio a Santiago para obligar a deponer las armas al Gral. Manuel Sánchez, a la sazón jefe militar de la plaza.

El sitio duró tres meses, durante los cuales las tropas asediadas viéronse en el caso de comer carne de burros para no rendirse por hambre.

Como el caso es único en la historia dominicana, el pueblo consideró que si era un heroísmo el valor de que dieron pruebas los soldados, no lo era menos el haber comido carne de burros. De ahí que hoy se aplique la frase "comer burro" a toda acción o conducta que envuelva idea de sacrificio.

Y oigamos a la gente. Un político encarece la fidelidad de un compañero a quien la intriga señala como posible traidor. “Yo—profiere—no creo nada de eso que dicen de Gollito, porque él es de los que *comen burro* antes que cambiarse”.

Quéjase un enamorado de que su amada lo desdenea, y en un arranque de tenacidad dice: “Ella se resiste a quererme, y yo *comeré burro*, pero la consigo!”

Hay un terco muchacho a quien el padre insta a confesar su falta sin lograr que le obedezca. Ante la ira paterna, por la temeridad del culpable, la madre interviene con estas palabras: “Deja ese muchacho, que tú sabes lo cerrado que es; él *come buro* antes que confesar su falta”.

Hay un político santiagués, opositorista furibundo, que ve con malos ojos el ingreso, a las filas de la Oposición, de individuos del partido contrario, y habla en estos términos: “Cuando ganemos, antes que emplear a esos que han entrado a última hora, hay que atendernos a nosotros, que hemos *comido burro* abajo”.

Más curioso aún es el caso de un cura, que disgustado porque la parroquia que le había asignado el Arzobispo apenas producía lo necesario para comer, atrevióse a decirle al superior, en tono de confianza: “Monseñor, lléveme a otra parroquia, porque en ésta *como burro*”.

EL USO DEL "TRES" EN EL LENGUAJE CRIOLLO^(*)

EL uso del *tres* en el lenguaje popular dominicano supera al de los otros números. En boca de la universalidad de nuestra gente, suena de ordinario en frases familiares, modismos y refranes. -

Casi siempre, los castigos severos que imponen los padres a sus hijos se cumplen después de una segunda reprensión. "Que no tenga yo que decírtelo *tres veces*", dice el jefe de familia al travieso muchacho, quien no deja de comprender que si la primera falta es susceptible de perdón, y aun la segunda, podría costarle cara la tercera.

Si una joven, tras la pérdida de un segundo compromiso amoroso le da por un tercero, oirá de alguna amiga de confianza: "*a las tres es la vencida*". Es una variante de la usada en España: "*a las tres va la vencida*".

En los juegos de niños es de uso frecuente el empleo de este número. Rara es entre nosotros la persona que no haya oído decir a los muchachos desde

(*) Véase al final del libro el estudio del valor simbólico, místico, literario y vulgar del "tres" y su influencia en la formación de refranes, modismos y frases familiares dominicanos, relacionado con este capítulo.

lo alto de una peña, mientras se bañan en el río: “a la una, a las dos, y a las tres”, y arrojarse con ágil entusiasmo a la corriente.

Y cuando uno de ellos cojea por alguna lesión o defecto físico, los compañeros le motejan de esta guisa: “uno, dos y tres, y cojita es”.

Hay también, en el caso de cojera, la frase *andar en tres pies*, que, aunque aplicable con propiedad a los cuadrúpedos, de los cuales se origina, se extiende también al hombre, y de ese modo, lo mismo se dice de un caballo cojo como de una persona, que *andan en tres pies*. Podría venir esta expresión de aquel enigma propuesto a Edipo por la Esfinge: “¿cuál es el animal que primero anda en cuatro pies, más tarde en dos, y luego en tres?”, y que Edipo, al responderle que era el hombre, venció de esta manera a la Esfinge.

Muchos proyectos de negocios deben permanecer ocultos entre las dos partes interesadas, para que otro no se adelante a ejecutarlos con mengua de sus iniciadores, y como esto, toda empresa política o de amor que convenga tener a salvo de la perspicacia de la gente, todo porque, como reza la frase popular: “secreto de tres, descubierto es”.

El tres vale en frases de sentido achicador o menospreciativo, como cuando se dice, hablando de personas casi calvas: “tiene tres pelos en la cabeza”. En una audiencia pública por ante el juez de un tribunal profería un sujeto prevenido de robo en per-

juicio de un labriego: "si yo no le cogí más que tres rabitos de batata".

Se atribuye al Arzobispo Meriño la conocida expresión: "el muerto y el huésped, a los tres días hieden".

Para ponderar la estrechez con que se hallan en una reunión sus componentes, suele decirse que "están como tres entre un zapato". Y contrariamente, para indicar la escasez de las personas que componen una agrupación o de los que concurren a una fiesta o ceremonia, empléase la frase *tres gatos*. No sería extraño, pues, oír a uno exclamar, con referencia a sus contrarios: "esos no son más que tres gatos". En España dicen *cuatro gatos*, de donde se infiere la procedencia de origen español de la frase, modificada aquí del modo en que aparece en este estudio.

La circunstancia de haber en el año tres jueves que son, para la Iglesia, fiestas de gran solemnidad, produjo este cuarteto de origen español:

Tres jueves hay en el año
que relumbran como el sol:
Jueves Santo, Corpus Christi
y el día de la Ascensión.

que entre nosotros ha tenido una variante:

Hay en el año tres jueves
que causan admiración:
Jueves Santo, Corpus Christi
y Jueves de la Ascensión.

Común es también la expresión "en la semana de los tres jueves", con que se denota algo tenido por imposible. Nuestras jóvenes apelan a esta frase para demostrar su resistencia al porfiado interés de pretendientes que no han logrado interesar su corazón y se ven intrigadas por vecinas maestras en sondeos, que se empeñan en averiguar si los querrán. La respuesta en este caso es decisiva: "en la semana de los tres jueves".

A la vista de tres personas que por lo común andan juntas, es corriente oír decir: "los tres que echaron a Pedro entre el pozo".

Frase vernácula corriente es aquella de las tres *pedras del fogón*, usada en esta curiosa redondilla:

 Mi padre me dió una pela
 y mi madre un coscorrón
 porque estaba enamorando
 las tres piedras del fogón.

Muy usual en nuestro medio es también la conocida locución española "buscarle los tres pies al gato", aplicable a los que encuentran dificultades y peligros por falta de miramiento.

Es práctica conocida el entendido secreto entre tres galleros para promover jugadas en que aparezcan ante los demás como contrarios, no siéndolo propiamente, y de ese modo sacar provecho del juego, compartiendo los beneficios. Como de acuerdo con esta fórmula, ninguno de los tres sale a la postre

perjudicado, reza el proverbio criollo: "trío para jugada, trampa preparada".

En cierto juego de naipes suele decirse, cuando tres *apuntan* a una misma baraja: "parada de tres, el diablo la ve".

En el país existen distintos lugares con nombres en cuya composición entra la palabra tres: "Tres Amarras", de la provincia de Puerto Plata; "Los Tres Ojos", del Distrito de Santo Domingo; "Los Tres Caminos", de la Común de El Cercado, provincia Benefactor; y "Las Tres Cruces", nombre común a varias secciones rurales, que les viene de la presencia en ellas de tres cruces, remedo del Calvario, donde se detienen los grupos de fieles que recorren los caminos entonando el rosario de María, lo que ha dado origen a la costumbre denominada *Los Rosarios*.

La locución *tres veces*, equivalente a *muy*, propia del lenguaje culto, se la emplea también en el lenguaje popular, y así suele decirse *tres veces guapo*, *tres veces criminal*, equivalentes a *muy guapo* y a *muy criminal*, con la misma propiedad con que el buen escritor dice *tres veces santo*, respecto de algún ilustre monje, y *tres veces poderoso*, aludiendo al Señor.

Hay la zumbona expresión: "miren qué tres", con que se alude aquí al tipo de hombre agentado, muy común en todas partes.

Entre tres cogen a uno es otra típica locución con la cual se demuestra lo difícil de poder escapar

de una tenaz persecución con temerarios pasos de valiente.

Existe la irónica expresión “como tres claveles”, con que se alude a golpes asestados a alguna persona que está en riña con otra. Suele haber también esta variante: “como tres rosas”, sin duda por la roncha encarnada que producen los golpes.

En la curandería y ciertas prácticas cabalísticas, el tres es explotado por la ingenua credulidad de nuestro vulgo. Inadvertidos pasos por entre enredaderas, o incauta mano alargada entre ramajes, en pos de algún fruto, suelen dar en ocasiones con el tormento de un avispero sublevado. Un agujijón descarga su ponzoña en un semblante y urge prevenir la hinchazón de la parte dolorida. El paciente se apodera entonces de una rama, la primera al alcance de su mano; toma de ella una hoja; con otra planta hace lo mismo y lo repite con una tercera, hasta reunir tres hojas de diversa clase, que se lleva a la boca mascándolas al punto y aplicándolas a la parte lesionada, en la cual la mancha roja de la picadura muestra en el centro, en relieve amarillo, la crueldad de la ponzoña. Han de ser tres necesariamente para su eficacia como antídoto. Se le conoce por el remedio de las tres hojas.

Contra la excrescencia denominada *ojo de pecao*, suele la gente campesina echar al fuego tres granitos de sal, escapando a toda prisa para no oír la explosión; y contra la *alferecía* empléanse tres dientes de

ajo trabados con hilo destinado a ceñir el cuello del paciente, penosa gargantilla para los desavenidos con las emanaciones plebeyas. Y los dados a ruines maleficios utilizan tres monedas de ínfimo valor en los baños de que se sirven para *salar* a sus contrarios. Salar, en esta acepción criolla, vale azarar, perjudicar.

En el noroeste y sur de la República, para deshacerse de visitantes poco gratos, se coloca entre una puerta abierta y la pared una escoba invertida, a la que se le han introducido de antemano tres granitos de sal. Es uno de los tantos hábitos supersticiosos que se conservan en el medio.

En las galleras es costumbre no suspender una prolongada riña galleril sin que hayan transcurrido los *tres careos de prueba*, empleados para determinar cuál de los gallos ha sido vencido, o si, agotados ambos en la lucha, debe darse por terminada la pelea. Los carcos pueden ser nueve o doce; pero aun así prevalece el tres si se tiene cuenta con que nueve y doce son múltiplos de tres.

Careo es, en jerga de galleros, levantar del ruedo a estas aves, cuando por fatiga o heridas no acometen, y estimularlas a la lucha rociándolas con buches de agua y limpiándoles la sangre de la cabeza y cuello, llevados éstos a la boca, con cuyo calor se reaniman y vuelven a la arena.

El juego de la *gallina ciega* tiene de particular

las *tres vueltas* de rigor a que es sometido, ya vendado, el que ha de hacer el papel de la gallina.

Oportuna es una humorada del tiempo de nuestras viejas luchas fratricidas. El Gobierno tuvo necesidad de poner al servicio de una plaza a pobres hombres extraños por completo a la milicia. Entre ellos habíalos que nunca conocieron el manejo de las armas. Cierta día, próxima ya la hora del anochecer, dijo el jefe de la plaza a uno de los improvisados, que se hallaba de centinela a la puerta de un fortín: "Cuando usted sienta pasos de personas, dígame *quién vive tres veces*, y si nadie responde, dispare". El centinela, que era bien atolondrado, percibió a media noche ruido de pisadas y, recordando aquella orden, gritó con voz de trueno: "Quién vive tres veces!" y, sin esperar respuesta, disparó el fusil al supuesto enemigo, que resultó ser un caballo realengo que pastaba los yerbajos nacidos en aquellos contornos.

El plato nacional por excelencia es el *sancocho*, guisado a base de carne, que puede ser de res, de cerdo, de chivo o de gallina; pero hay *sancocho de las tres carnes*, en el que entran de rigor las dos primeras y una cualquiera de las restantes, especial para regalo de invitados, y así ha dado en decirse, en uso de buena política rural: "le invito para un *sancocho de las tres carnes*".

Como ensalmo contra los llamados *insultos*, paroxismos de que padecen ciertas mujeres por súbitas

emociones, y frecuentemente por celos, hay las tres palabras de rigor, que se dicen al oído de las pobres pacientes, por lo que de ordinario se escucha en muchos pueblos y campos, en presencia de mujeres víctimas de ese ataque, a veces simulado: “díganle las tres palabras”.

E L V E R D E

Es común entre nosotros los dominicanos el uso del término *verde* como sustantivo, con referencia al tinte original de la vegetación. Así, es más general la frase corriente "hay mucho verde", que esta otra: "está todo verde", con que designa el morador rural la renovación del típico color de los campos después de una sequía. Las sequías suelen hacer aquí lo que en otros países la llegada del otoño y las heladas invernales con el tapiz viviente y natural de los prados. La *seca*, como más comúnmente se dice, da en apocar y aún en suprimir el verdor que es la vida del ganado, por lo que es usual la obligada poda de los árboles que, como la *guásuma*, se tienen como reserva de animales herbívoros, que gracias a esta providencia escapan al rigor de la escasez.

Y cuando la lluvia, benéfica, misericordiosa, reinicia su acción vivificadora sobre los campos, no reaparece la *verdura*, ni el *verdor*, sino el *verde*, y

este *verde*, alimento tierno, injugoso aún, se vuelve purgativo para la res, exponiéndola a veces a la muerte cuando se halla muy enflaquecida por las privaciones.

“Va a haber muchos mosquitos”, suele decirse entonces, por aquello de que “los mosquitos son del verde”. Verde aquí no es precisamente el mismo color de la hierba suculenta; sino la abundancia de agua y de humedad que se trasluce en yemas y retoños. Se toma, en este caso, el efecto por la causa, y el mosquito, conforme al gracioso dicho, no surge del pozo o de la charca, sino *del verde*. *El verde* es, por consiguiente, tomado en tal sentido, veneno de los campos, difundido en alitas de muerte que van y vienen armadas de unas trompas que corrompen la sangre.

Pero hay otra forma de aplicación del término verde, que, aunque no exclusiva de este medio, tiene sin embargo, cierto matiz criollo. Es la frecuencia con que se toma la cosa cuyo nombre proviene de su uso primitivo o esencial, por el significado de este uso. El color verde es particular y privativo de las frutas que no han llegado a madurar; pero como la idea sugerida por el color verde es la de fruta no en sazón, todo fruto inmaduro estará verde aunque no tenga ese color. Verde está el *zapote* no maduro aunque no tiene nunca verde la corteza, ni la parte mollar, ni la semilla, parda, roja y negra, respectivamente, llamado, en Cuba, “mamey de Santo Do-

mingo". Verde está, asimismo, el *mamey* propiamente dicho cuando no ha llegado a la sazón, a pesar de ser, en toda época, parda su cáscara, amarilla la masa, comestible y parda también, aunque ligeramente, la semilla.

Pero si verde es todo fruto nuevo, *verdosos* están los que no han llegado a la maduración. Así, hay frutos amarillos que pasan por *verdosos* en razón de que están nuevos. Y como lo nuevo es, en tal concepto, rico en tanino, lo cual hace al fruto *manchoso*, con que se denomina la sensación de materia adherente o pegadiza, ocurre que *manchoso* y *verdoso* vienen a parar en sinónimos para nuestra buena gente de campo.

Otra curiosa denominación de sentido criollo, muy usual en el ambiente pueblerino y en el rústico, es el sustantivo *verdura* aplicado a cierto género de legumbres, a ciertos condimentos y a algunos bastimentos. Así, se manda al mercado de comestibles por "verduras", y se las recomienda como beneficiosas para la salud. *Verduras* en este sentido ha de ir siempre en plural. Y hasta se suele achicar el curioso vocablo, que viene a parar en *verduritas* cuando en la cesta callejera son pequeñas o pocas *las verduras*. Yes de notarse que no todos estos alimentos son verdes, y por consiguiente, cuando el ama de casa quiere que lo sean, dice al mandadero, valiéndose de una frase redundante: "Que sean verdes las verduras".

Handwritten text, possibly a signature or name, located in the upper center of the page.

LO HERMOSO, LO NOBLE Y LO SENCILLO EN NUESTRO CRIOLLISMO

UNA ACEPTACION muy criolla del término *hermoso* y de sus derivados, es la de significar grosor, masa voluminosa, gran tamaño, con prescindencia absoluta de todo sentido de armonía de conjunto y de noble proporción. El uso no es exclusivo del campo, pero entre campesinos es más corriente. La muchacha ya púber no suele ser hermosa, en el ordinario sentir, por la pureza de las líneas y el brillo o aire de dulzura y de gracia que le comunica hechizo de atracción, sino por el grosero abultamiento. Así, no es hermosa la de espiritual y suave delgadez, sino la gruesa, tenga o no flexibilidad de formas que la hagan atractiva, por lo que suelen ser las mujeres encinta ya entradas en meses mayores, cuanto más próximas al parto, más hermosas.

En igual sentido un rosal será hermoso si es alto y tiene muchas hojas, aunque no rosas, que son, en rigor, las que lo harían más bello. Una fruta lo mis-

mo. Precisamente a lo que más se aplica la típica acepción del vocablo es a los frutos. “¡Qué hermosa piña!”. “¡Qué hermosa naranja!”. “¡Qué hermosos plátanos!”, son expresiones muy usuales en pueblos y campos. Suele a veces el fruto adquirir un extraordinario desarrollo y hay necesidad de hacerlo notar en el criollo modo de encarecimiento, y suelta el labio pródigo, ante una enorme calabaza, esta frase de entusiasmo: “¡Qué hermosota!”.

Y como el adjetivo, así el sustantivo. *Hermosura* no es belleza, sino cosa de gran tamaño. ¡Cuánta hermosura! es la exclamación común ante un árbol frondoso o ante un potro bien cebado. Es también curiosísima la sinonimia que el vulgo dominicano le atribuye a las voces *hermoso* y *frondoso* y, por derivación, a *frondosidad* y *hermosura*. De una mujer gruesa se suele decir también que es frondosa, y aludiendo a la misma en un rodeo: ¡Qué frondosidad!

La costumbre de tomar la hermosura por la cosa exagerada de volumen, lo cual no parece sino una aberración, puede apoyarse en el hecho de que las cosas bien desarrolladas son sanas, por lo regular, y lo sano tiene una relación estrecha con lo hermoso. Verdad que la grosura en la persona, y el abultamiento en animales y plantas, pueden ser efecto de alguna enfermedad; pero lo ordinario es que no lo sea. Mas, de todos modos, la original acepción criolla de *hermoso* y *hermosura* parece más bien un error de sentido que lo otro, y ello es así

porque una mujer, no por delgada enferma, puede ser para nuestro vulgo, linda, bella, preciosa, pero no hermosa. Mientras más espiritual y delicada es, menos hermosa parecerá a los ojos del pueblo.

— En idéntico desvío de su verdadera significación propia y castiza se halla el vocablo *noble*. Aplicado al arma o al efecto que ella produce, suele ser más noble un revólver que un sable, porque mata más pronto, y la herida mortal será noble si suprime inmediatamente una vida. En este caso es corriente oírle decir al vulgo: "A fulano le *encajaron* un *balazo noble*", es decir, lo mataron en el acto. En la riña galleril resalta más el uso. Un gallo da un espolazo noble y gana la pelea. Galleros hay tan confiados en la precisión con que generalmente suelen herir sus gallos predilectos, que, aun viéndose en trance de perder la jugada, esperan el momento decisivo en que éstos abatan de muerte a sus contrarios, y dicen, llenos de esperanza: "deja que le dé en el buche el *tiro noble*".

La voz, sin embargo, aunque criolla en esta particular modalidad de su uso, parece no tener en ese aspecto un origen vulgar, o cuando menos caprichoso, si inferimos que puede venir de la castiza denominación que en fisiología se da al corazón, al hígado, al cerebro y a otros órganos sin los cuales es imposible la vida. La herida que mata prontamente es la que penetra esos órganos, llamados *partes nobles* del animal, de donde podría originarse la típica cuali-

dad a que nos referimos, siendo, por tanto, balazo noble, el que recibe el corazón u otra de estas vísceras.

También el término *sencillo* suele ser tomado por los campesinos, así del Cibao como del Sur, únicamente en su sentido de incauto, según una de sus varias acepciones. En los campos de estas regiones suele ser imprudente el empleo de dicho término, aunque en su significado de sincero, llano, franco; y si un extraño, para denotarles a sus moradores su índole natural y afable, da en decirles *sencillos*, se expone a una violenta bofetada. Sencillez es también, para ellos, tontería, bobada, y rechazan indignados la palabra. En abono de lo mismo está la frase "*Al sencillo lo ensillan*", que he tomado de labios de uno que me protestara su hombría en la ocasión inolvidable en que por ignorancia de esta costumbre, le apliqué esta cualidad. "A mí no me engaña nadie", es común oírle decir al menos listo, ya que todos se creen sagaces y avisados para no caer en las redes de la ajena malicia.

El uso de los comparativos irregulares de *bueno*, de *alto* y de *grande*, está muy generalizado en nuestro vulgo. Su incorrección está disimulada por la frecuencia de su empleo. La fuerza del hábito ha acomodado el oído a la malsonancia de las frases, y de ahí que no sólo la gente inculta, sino la de mediana cultura y aun algunos cultos, las emplean sin visible repugnancia.

Respecto de un enfermo que logra alguna mejoría, suele decirse: "Está muy mejor". Se podría decir, salvando escrúpulos gramaticales, "está mejor", en vez de "está menos mal", que sería lo propio y correcto; ya que mejorar significa, entre otras cosas, sentir la persona enferma alivio de su mal, y por otra parte nada hay superior en su clase que no se suponga capaz de mayor superioridad, siendo así lo perfecto susceptible de perfeccionarse más aún. No obstante, intolerable para los que amamos la pureza del idioma, desarraigar del uso popular la frase *muy mejor*, es casi imposible si consideramos que ya ha invadido la prensa y se lee con la mayor naturalidad.

En idéntico caso hállase la frase *muy superior*. "Este tabaco es muy superior", se dice comúnmente aunque no haya comparación en el empleo de dicha frase. "Esto es muy superior a aquello". "El pan de hoy es muy superior al de ayer".

Muy mayor suele decirse, de igual manera, para dar a entender que una persona es, con referencia a su edad, mayor que otra en buena cifra de años. "El padre de María es ya persona muy mayor", es expresión que anda de boca en boca en nuestro pueblo.

LA TENDENCIA AL FEMENINO EN EL LENGUAJE POPULAR

SE NOTA una tendencia muy hispanoamericana a hacer el femenino de muchos nombres masculinos y a evitar que haya nombres de personas de una sola terminación que abarque los dos géneros. En el habla popular criolla esta tendencia se manifiesta de notable modo.

Sujeto, en el sentido de persona innominada, es aquí masculino; pero con referencia a mujer, toma forma femenina, y así se dice, hablando de alguna en tono despectivo: "*¡Qué sujeta!*".

Corriente es llamarle *caballo* al muchacho de retardada comprensión. Al tenor de este significado, maestros a la antigua dicen a sus discípulos demasiado lentos en contestar las preguntas: "*¡No sean tan caballos!*". Pero si el discipulado es femenino, dirán entonces a las niñas: "*¡No sean caballas!*".

En idéntico caso se halla el nombre *caballero*, que feminizado también a la criolla viene a parar en

caballera, como lo demuestra esta expresión muy popular: “¡Mire, *caballera*, no se juegue conmigo!”.

Buey, que en política criolla ha significado siempre persona que “*arrastra mucha gente*”, o que “*habla mucho*”, aplicado a esas mujeres varoniles capaces de mandar una tropa, no hace *bueya*, pero sí *bueyona*, viniendo a ser la forma femenina aumentativa al propio tiempo. Nuestras heroínas de los tiempos de la primera República, María Trinidad Sánchez y Juana Saltitopa, llamada esta última, por lujo de perífrasis, La Coronela, son, para el vulgo dominicano, dos *bueyonas*, en razón de la influencia que tuvieron para sumar adeptos a la causa de la Independencia. En las viejas luchas políticas, a que corresponde el pasado sombrío de las asonadas y revueltas, no faltaron *bueyonas*, y la *Línea Noroeste* las dió *de primera*, de las cuales se conservan históricos ejemplares.

Lo mismo ocurre con el vocablo “*toro*”, aplicado al hombre que de alguna manera se distingue como fuerte, y del que suele decir el vulgo que “*es un toro*”. Si es mujer la que revela fortaleza en hechos o palabras, suele ser *una tora*. En tal sentido lo fueron las dos heroínas ya citadas, sólo que, mientras *buey*, en los dos géneros, conduce a la idea de *arrastre* en sentido político, *toro*, en ambos géneros, expresa poder o superioridad. Es corriente, también, decir *torete* y *toreta* en un grado menor del significado de *toro*.

“*Marchante*”, por persona habituada a hacer sus compras en determinado establecimiento, tiene aquí una forma femenina vulgar, y así hay mujeres que son *buenas marchantas* para el propietario de una tienda.

Otro tanto acontece con el nombre *pasajero* por persona que va de viaje, que lo mismo expresa, en lenguaje puro y castizo, hombre que mujer; pero a nuestro pueblo le ha dado por despojar el término de su significado común a los dos géneros, conservando esta forma para el masculino y haciendo el femenino *pasajera*. Nuestros choferes dicen a menudo, aludiendo a una mujer que ha de viajar en su automóvil: “*Este asiento es de una pasajera*”.

Difícilmente entiende nuestro vulgo que una mujer pueda ser *testigo* y no *testiga*, en una causa.

Muchos son los nombres carentes de forma femenina en la pura lengua de Cervantes, que nuestro pueblo usa en esta forma; pero necesitando abreviar este capítulo, concluimos con el término *yerna* como sinónimo de *nuera*. Como se sabe, *yerno* carece de forma femenina correcta. Para los padres de la hija el esposo de ésta es su *yerno*, de la misma manera que la esposa del hijo es para los padres de éste su *nuera*; pero no ha querido entenderlo así el vulgo, para quien esta palabra es como si no existiese, usando *yerna* en su lugar.

De este jaez aparecen muchos femeninos pintorescos. Citaremos, para terminar, los dos siguien-

tes: *individua* y *tipa*, de sabor cibaño, los cuales robustecen la tendencia firme que se nota en la gente del pueblo a revolucionar los nombres cuya única terminación comprende los dos sexos, y a crear la forma femenina de no pocos nombres que carecen de ella en su expresión propia y castiza.

A propósito de esto mismo exclaman algunos en tono despectivo contra alguna mujer que les inspira desdén: “¡*Qué tipa!*!”; o bien contra otra cuya presencia les disgusta: “*Esta individua me persigue*”.

A esto podría agregarse una forma femenina muy gráfica del vocablo *fenómeno*, no sólo en su uso familiar de “persona o animal monstruoso”, sino en el de cosa extraña o notable por su importancia, y así da en decir la gente con referencia a una mujer espantable por su fealdad: “¡*Qué fenómeno!*”; y de igual modo tratándose de alguna otra que haya realizado algo magnífico. En este último sentido admirábase cierto hombre de que una mujer lograra salvar en una inundación a seis niños que se estaban ahogando, y decía, ponderándola por su heroica acción: “¡*Qué fenómeno!*”.

LA "MANO" EN NUESTRO CRIOLLISMO

LA MANO es la parte del cuerpo que ha originado mayor número de modismos, refranes y otras expresiones, muchos de los cuales no son originarios del medio y su uso es común a todos los países de habla española, habiendo algunos usuales en determinadas naciones americanas, y otros que son propios y característicos de nuestro pueblo. Estos últimos son los abarcados en este trabajo.

* *Meter mano* en una cosa es actuar en ella. Es expresión de viveza en los relatos. "Se insultaron hasta que uno de ellos *metió mano* a un cuchillo que llevaba a la cintura y le fué encima". Equivale a *echar mano* del objeto, que es valerse de él; pero esta frase no es de origen criollo.

Hacerle a uno una mano es desatenderlo, no corresponderle a lo que otro esperaba de él, per-

* Absolutamente castizo, está en el dic

judicarlo. “Me dejo esperándolo; ¡qué *mano* me echó!”.

9 Tener *buena mano* no es expresión criolla, si bien usual en el país. El significado es de acierto, por lo que un jardinero a cuya poda suceden vigorosos renuevos, tiene *buena mano*: pero se usa más *tener mano*, y así abreviada sí es criolla la expresión, por lo que se dice comúnmente: “ella *tiene mano* para sembrar”. “La criada *tiene mano* para el almidón”.

La significación de *mano* por casualidad es de las más frecuentes, a pesar de que se usa en otros países americanos. “¡Qué *mano* que se aparezca en este momento!”. Tiene ocho hijos varones y entró en el mes del parto. ¡Qué *mano* que sea hembra!”.

La expresión “y por *mano del diablo*” equivale también a casualidad, como se comprueba por los ejemplos siguientes: “Puse la ropa al sol, “y si por *mano del diablo* va y llueve...”

La expresión *darle a uno la mano*, no es exclusiva del medio; pero sí esta otra rimada que se emplea para chancear:

“dame la mano,
toma el pie que es más liviano”.

Un refrán muy nuestro es “*le dan la mano y se toman el pie*”, aplicado a la clase de personas a

quienes no se les puede ofrecer confianza, porque acaban por creerse miembros de la familia.

Hay numerosas frases construídas con la voz *mano*. *Mano de plátano*, parte del racimo, por la disposición del fruto en la forma de los dedos de una mano; y también *mano de guineos*, y *mano de rulos*; *mano de pilón*, madero largo manuable de forma cilíndrica, con que se descascaran o trituran granos en el pilón; *mano de trapo*, la persona a quien fácilmente se le cae todo de la mano; y *mano apretada*, el avariento, en contraposición a *mano abierta*, que es frase universal en el sentido de liberalidad.

"*Poner las manos en el fuego*", frase con que se asegura la certeza de una cosa, no es criolla; pero sí lo es "*meter la mano en la candela*", y así se dice entre nosotros, para afirmar que una joven tiene relaciones amorosas y lo niega: "*yo si no meto la mano en la candela por ella*".

A las llamadas *reses conuqueras*, que son las que saltan por encima de las cercas causando daño a los sembrados, suelen ponerle los campesinos *la mano en la cabeza*, operación que consiste en atar a la cabeza del animal una de las patas delanteras, impidiendo de ese modo que se introduzca en dichas cercas.

Hay la locución *besar la mano*, que consiste en solicitar el hijo, sobrino o ahijado, la bendición del padre, tío o padrino, respectivamente. "*Bésame la*

"*manos*" son las patas delanteras
es un expresión castiza y usada
particularmente

mano”—dice el padre al hijo—, y éste le responde: “La bendición, papá”.

Hay, la siguiente adivinanza, cuya letra reza:

“Tablita sobre tablita,
tablón sobre tablón,
manitas de *tengue, tengue*,
y rabito de punzón;
a que no me adivinas
ni de aquí a la oración”.

Esto se refiere a la hicotea.

Por último hay la expresión *amarrarse una mano para otro*, común en los muchachos reñidores, que para pelear con otro más pequeño o menos corpulento, con honra en la reyerta, se hacen amarrar una mano por un procedimiento semejante al de los galle-ros que *embotan* una espuela a su gallo para *cazar* una pelea desventajosa, sin esa operación, para el otro gallo.

EL "MAS" Y EL "COMO" EN NUESTRO LENGUAJE POPULAR

EL LENGUAJE popular dominicano es pródigo en el uso del adverbio de comparación *más*, y en el adverbio de modo *como* en sentido comparativo. Frases a granel ofrece el léxico vulgar a la curiosidad del observador. Son expresiones originales que marcan el grado más elevado de comparación en cada caso.

Veámoslo en los numerosos ejemplos de que nos servimos para justificar nuestra aseveración: No se imagina el vulgo criollo nada más sucio que la tierra, y al ponderar el desaseo de una persona cuya presencia no vió con agradados ojos, exclama: "*es más sucio que la tierra*".

La *tabla* es para nuestro pueblo la imagen de la miseria, que al comparar con ella la extremada pobreza de alguno, exagerándola, suele decir: "*más arrancao que una tabla*".

El almíbar es la sustancia-tipo en la comparación de las cosas dulces, por lo que acostumbra el vende-

dor de frutas a gritar, para estímulo de compradores: "*son como el almíbar*".

La pobre gallina, tan valiente en la defensa de su cría, pasa por el más tímido de los animales cuando no tiene misión de escudo sobre la pollada, siendo término de comparación en los casos de temor. De ahí la frase: "*cobarde como una gallina*".

Tendido en el suelo por debajo de la puerta para recibir las pisadas de todos los que entran a la casa o salen de ella, el *quicio* se presenta a la imaginación popular como el símbolo de la pereza. Así, refiriéndose a alguien con fama bien adquirida de vago, dice nuestro vulgo: "*haragán como un quicio*".

Los viejos tiempos revolucionarios que tuvimos, en los que se hacían oficiales y generales *con el dedo*, por no mediar en ello estudio de milicia ni nada que implicara aprovechamiento en la carrera militar, sino tan sólo la guapeza revelada en los combates, nos dejaron esta frase comparativa con que se hacía resaltar el auge de las promociones: "*con más rayas que un güiro*". Lo conocido del bangaño o higüero especial empleado como instrumento musical en las fiestas típicas danzantes, hace innecesaria la descripción de este instrumento lleno de rayas para ser rasgado con una varilla metálica.

El prototipo del ladrón es el gato, y para significar lo feroz de una persona en atrapar lo ajeno, hay esta expresión familiar: "*Es más ladrón que un gato*".

Nada se imagina nuestro vulgo más compacto

que el aguacate, empleándolo para indicar el máximo grado de tacañería, propia de los avaros: *“más cerrado que un aguacate”*.

Nada serviría con mayor propiedad que el pan para representar la bondad. Es alma de nuestra salud y el criollo pueblo lo expresa a maravilla cuando pondera las excelencias de una alma sana y caritativa: *“Es más bueno que el pan”*.

En punto a vejez no ha ideado nuestra gente nada que supere al camino, sin el cual es imposible la comunicación material entre los pueblos, y llama en tono burlesco al muy entrado en años, *“más viejo que el camino real”*.

El huso o instrumento para hilar es recto, ciertamente; pero el sentido popular latente en las comparaciones, lo tiene por lo más erecto conocido, y dice, del que anda con asombrosa rigidez: *más derecho que un juso”*.

Para nuestro vulgo, delgadez es sequedad, y el que atrae la pública atención por su flaqueza es *más seco que un espárrago*, aludiendo a cierta planta de adorno que difiere de la generalmente conocida con este nombre, cuyos tallos son extremadamente delgados, de donde viene el haber sido tomada como tipo de comparación en el sentido de flaqueza.

La pesadez del manso buey y lo tardo de su paso, es motivo para tomar la pata del animal como signo de brutalidad, siendo común esta expresión: *“más bruto que la pata de un buey”*.



La idea de lo fuerte está representada por el guayacán, cuya madera se petrifica dentro del agua, y que da origen a la frase: "*Más duro que el guayacán*", del mismo modo que la de la sordera se representa por la tapia, y la de la maldad por el demonio, en casi todas partes. Aquí se ha dado preferencia al gas común para significar la última expresión de la maldad, como se ve por esta frase muy corriente en las regiones cibaenas: "*Más malo que el gas morao*".

Finalmente es divertida la manera de considerar nuestro vulgo el matrimonio que se hace sin deseo de casamiento como término representativo de lo molesto o enfadoso para las personas. Si, conforme al parecer de muchos hombres, el matrimonio es una cruz, aún realizado por acto de voluntad, con mayor razón habrá de serlo si se celebra contra el querer de alguno de los cónyuges o de ambos contrayentes. De ahí esta popular expresión, tratándose de algo tenido por desagradable o enojoso: "*Pesa más que un matrimonio obligado*".

PEROGRULLO EN NUESTRO LENGUAJE POPULAR

EN NUESTRO medio abundan las expresiones que en la letra son perogrullescas y que no lo son en el fondo. "*Se murió porque iba a morir*" muestra sanchez a simple vista, ya que ha de morir todo el que nace, de donde nos viene la condición de ser mortales. Parece que se perogrullea, profiriéndola, y no es así. El sentido vulgar de la frase es que le llegó su hora, que su vida debía acabar en el preciso instante en que le sobrevino la muerte, y su destino fué. Hay determinismo en ella y, como tal, no sabe a Pero-grullo.

En idéntico caso hállase la expresión "*el que manda no va*", cuya forma es perogrullesca, no siéndolo su espíritu. El valerse de otro para obtener una gracia, favor o beneficio, suele no ser lo mejor para el interesado, que a menudo sufre los efectos desagradables de una indiscreta mediación. Ante el fracaso de un emisario que no supo conducir con

prudencia el asunto que se le confiara, responde el perjudicado: "*el que manda no va*". El sentido es el mismo del conocido proverbio "el ojo del amo engorda el caballo".

"*Sabe porque sabe*" y "*va porque va*" son, literalmente, perogrulladas; pero distan de serlo en su significado, puesto que con la primera frase se da a entender que el hecho de saberse una cosa se apoya en la cultura que se tiene y no en escasa inteligencia y limitada instrucción, y con la segunda que el encargado de hacer lo que se le manda lo cumplirá con voluntad o sin ella. Idéntico valor tiene la construcción "*de que fué, fué*", muy usual en los casos en que con traza de inocencia se quiere hacer pasar por irresponsable de un delito al verdadero culpable. A propósito de lo mismo, en un juzgado de provincia donde tenía efecto la vista de una causa por robo, uno de los testigos llamados para deponer, expresóse en estos términos: "*Yo no digo que él fué...; pero de que fué, fué*". El verdadero contenido de la frase es el siguiente: "yo no afirmo que cometió el hecho, pero no creo en su inocencia". Tales expresiones, que por lo visto no son de Perogrullo, están perogrullescamente escritas.

Otro tanto puede decirse de la locución refranescas "*el que va a caballo no anda a pie*", con que nuestro vulgo significa la diferencia entre estar decidido al logro de una cosa con esperanza de alcanzarla, y esperar obtenerla sin ningún esfuerzo. Pero-

grullesca en su estructura, se aparta del personaje fabuloso español del siglo quince en su significación.

De parecida contextura ideológica a la anterior es el dicho agudo "*no van lejos los de adelante si los de atrás corren bien*", con su gustillo perogrullesco en la forma, aunque no en el fondo.

El refranero criollo es rico en expresiones perogrullescas en su forma y de agudo significado, entre las que recordamos las siguientes: "*lo que está a la vista no necesita espejuelos*", "*cuando el río suena, agua trae*", "*cuando las cosas se dicen, son o quieren ser*", "*la que viene derecha no tuerce*" y "*la que viene lisa no trae arrugas*". Todos estos refranes, a la manera de Perogrullo, sólo tienen de éste el molde gráfico, apartándose de él su contenido. El primero se refiere a lo inútil de querer ocultar la verdad; el segundo y el tercero al fundamento de muchos decires populares; y los dos últimos entrañan fatalismo.

Hay, sin embargo, entre nosotros, legítimas perogrulladas, entre las que consignamos el original acertijo "*¿Por qué ladra el perro?*", cuya respuesta no puede ser más simple: "*porque es perro*", como es muy natural, porque a ser gato, maullaría.

Así podríamos hallar otras de parecido sabor perogrullesco. El curioso personaje quimérico, que para Cervantes no fué tan sandio, puesto que le concede importancia en la segunda parte del Quijote, está hoy presente en todas las manifestaciones del

habla, así la vulgar como la culta. Muchas formas que envuelven pensamientos hondos y delicados, recuerdan a Perogrullo. Entre estos pensamientos podrían citarse la vieja máxima romana: "*Dura es la ley, pero es la ley*" (Dura lex sed lex), y aquello de Jesucristo: "*Yo soy quien soy*" (Ego sum qui sum). Todos ellos muestran cierto sabor perogrullesco en su expresión; pero, ¡cuán elevados en su esencia!

LA ONOMATOPEYA EN EL LENGUAJE TIPICO DOMINICANO

EN NUESTRO medio abundan las voces formadas por onomatopeya. De los tres elementos morfológicos a que obedecen los vocablos onomatopéyicos, al decir de los gramáticos, "imitación de los sonidos, del movimiento de los cuerpos y de los movimientos del ánimo", es el primero de ellos el que más ha influido en la composición de las voces de ese carácter pertenecientes a nuestra habla popular.

Comenzamos por la palabra *gimiqueo* y su afín *gimiquear*, originadas del sonido quejumbroso propio de cierta manera de expresar el dolor humano. Son ellas del mismo valor onomatopéyico que los términos castizos *gemido* y *gemir*; pero a nuestro vulgo le dió por crear los primeros, no usando jamás los dos últimos, de los que aquéllos son equivalentes.

Brimbrán, nombre dado a la reyerta, es de formación onomatopéyica.

Los nombres de muchas aves del país se forma-

ron por armonía imitativa. El ave trepadora, de negro plumaje, conocida generalmente por *aní*, y que en algunos países americanos recibe varios nombres, tales como *garrapatero*, *chamón* y *samurito*, es llamada entre nosotros *judío*. Este nombre le viene de su canto, percibido por nuestros campesinos según lo han expresado: *judío, judío, judío*.

El *cao*, especie de cuervo, debe también el nombre al sonido de su canto. Abunda en los campos cibaños. Vuelan en bandadas, escandalizando con su monótono cantar, que se prolonga horas enteras hasta que los espanta algún agricultor con un disparo acompañado de expresiones como éstas: "Me tienen ya cansado con su *cao, cao, cao*".

En idéntico caso hállase el *carrao*, zancuda de pico largo, muy abundante en el país. También se le designa con el mismo nombre en Venezuela y otras repúblicas americanas, pero se conoce más con el de *jácana* fuera de nuestro medio.

Búcaro, pequeña zancuda de sabana algo parecida a la cigüeña, es nombre indígena de la Isla de Santo Domingo, única parte del mundo donde existe esta ave. Su nombre es semejante a cierto sonido particular que produce el ave sin abrir el pico, por lo común cuando se halla en reposo y que dista mucho de parecerse a su canto, lo que hace admitir la posibilidad de que fuera dicho sonido la causa de ese nombre.

Julianchiví es onomatopeya del canto de una

avecita del orden de los pájaros, común en todos nuestros campos.

Querebebé es también onomatopeya del canto del ave zancuda así llamada, que hace vida sabanera y vuela comúnmente a la hora crepuscular, que es cuando suele soltar como salutación a la vecindad de la noche el roto hilo de sus *querebebés*.

El *cacareo* de la gallina se denomina *cocoriaco* en nuestro medio, lo que ha servido para designar con ese nombre al animal, y así es común "*tirarse un cocoriaco en un sancocho*".

Otro vocablo formado por onomatopeya es *calcalí*, especie de sapito que debe su nombre al género de ruido que produce al atardecer y durante la noche.

Hay otra manera de querer, no imitar con palabras o frases los sonidos de animales y de cosas, sino de atribuirles un significado cualquiera, formando con él expresiones de sentido humorístico que, sin ser onomatopeyas, lo parecen y pudiera admitírselas como si lo fueran. Entre ellas recordamos una con la que el vulgo ha querido interpretar algo de lo que a su manera dicen las campanas echadas a vuelo:

"si no me dan café con pan
le jalo la leva al sacristán".

Harto bien conocida es la intención atribuida a la tambora, invención de un chusco para ridiculizar al compañero de orquesta que solía vestir descuida-

damente, y a quien le hizo esta pregunta: “¿Sabes lo que al tocar va diciendo la tambora?: *Abambán, abambán, abambán*”; a lo que respondió el aludido prontamente, sin turbarse: “¿Pues no sabes lo que le responde la güira?”, y sin pérdida de tiempo agregó: “*la puta e tu máma, la puta e tu máma*”.

Por último, suele decirse en el campo que mientras la gallina, apenas halla en el suelo un gusanillo llama con insistencia a la cría para dárselo, la pava madre se comporta de otro modo con los pobres pavitos, comiéndose ella todo lo que encuentra y conformándose con decirles en un tonillo desdeñoso: *escarbeecen, busqueeen*”.

Todo esto muestra la marcada tendencia vulgar a la imitación, según puede verse en otro aspecto de la misma costumbre, como son los relatos de escenas vivas, para animación de los cuales se recurre a la armonía imitativa, y así oímos frecuentemente a personas que al referir sucesos presenciados por ellas, o en los que intervinieron de algún modo, apelan a sonidos desiguales con que representan las diversas clases de golpes. *Tituá* es golpe de látigo en el cuerpo, *taa* la pescozada, *pannnn* el disparo, y *bralá* o *cataplá*, la caída.

LA MANIA DE ADJETIVAR LOS NOMBRES DE CIERTAS ENFERMEDADES

CON MOTIVO de la emprendida cruzada sanitaria en que está empeñado el Departamento de Sanidad y Beneficencia al constituir la Liga Nacional Antituberculosa, declaraba hace poco uno de nuestros obreros que nunca se había hecho en el país obra de tanta importancia, y que debía prestarse al Gobierno la ayuda indispensable para llevarla a feliz término, porque, en su concepto, *“aquí, el que menos se figura, está tisis, aunque nadie muere tisis en este país”*.

La expresión parecerá bien rara, por cierto, a todo el que ignore el sentido de ella, de acuerdo con una costumbre muy particular de los dominicanos, que consiste en ocultar esta enfermedad cuando de ella se padece, por el recelo con que suelen ser vistas las personas que le han contraído, que se hacen pasar por enfermos del corazón, órgano al

cual no se le teme como a los pulmones. Por tal razón agregaba el obrero de referencia que va a serle muy difícil a la Sanidad, para los fines del Sanatorio Antituberculoso, localizar a tantos cardíacos que no lo son; mas, dejando pasar por alto el espíritu de buen humor de que daba muestras el obrero de nuestro cuento, nos referiremos únicamente a la frase "*el que menos se figura está tisis*", en la que se revela la costumbre de adjetivar sustantivos, muy de la índole de nuestro pueblo.

Decir *está tisis* por *está tísico*, es forma corriente de nuestro lenguaje popular. El hábito es más notorio en los nombres de ciertas enfermedades. "*Está sífilis*" se dice comúnmente por "*está sifilítico*".

Parálisis, por igual, hace veces de adjetivo en la expresión "*está parálisis*", por "*está paralítico*". Nuestro vulgo no emplea nunca la voz *paralítico*. En su lugar se sirve de vocablos sinónimos de muy frecuente uso, tales como *tullido*, *inútil* y *movido*. Este último término es contradictorio, ya que el paralítico es precisamente el que no se mueve o que por lo menos lo hace con grande dificultad, sin poderse valer de sus miembros para andar, y que por tanto dista mucho de ser *movido* o de estar *movido*, a menos que lo pueda ser o estar porque otro lo mueva. Este adjetivo suele aplicarse también a animales, plantas y frutos, pero con significado de *seco* o *enjuto*. En sentido figurado suele emplearse en algunos países de América el término *movido* como *encogido*,

tratándose de persona apocada o pusilámine; pero entre nosotros no tiene esa significación.

Tan usual como las formas anteriores es la de “*estar uno lázaro*” por estar *lazarino* o *lazaroso*, bien que *lázaro* se usó como adjetivo, llegando a decirse en correcto español antiguo “*está lázaro*”; pero esta acepción es hoy anticuada.

“*En esta ciudad —expresábase uno cierta vez—, hay unos cuantos lázaros que han ido al leprocomio*”.

Por lo visto, las frases en que nuestro vulgo adjetiva los nombres de algunas enfermedades, se construyen casi siempre con el verbo *estar*.

También suele ser común, en los términos que expresan enfermedades, la sustitución de unos nombres por otros, como acontece con *apendicitis*, que para el vulgo es *apéndice*, de donde resulta la costumbre de hacer femenina la palabra, como bien lo advierte el Licenciado Manuel Patín Maceo en su libro “*Dominicanismos*”. Enfermos a los cuales les fué practicada de urgencia la apendiceptomía, no fueron víctimas de *apendicitis*, sino de *apéndice*, sin que la ciencia pudiera librarlos de la muerte.

LA ELIPSIS EN EL LENGUAJE CRIOLLO

EN NUESTRO medio hay el hábito de hablar elíptica-mente, pero casi siempre cuando se hace en tono de amenaza. El oyente a quien se conmina en la frase enérgica que se le dirige, la completa para sí, preparándose a sufrir el efecto del amago o enmendar su proceder para que no le sobrevenga.

Tan corriente es este hábito de conminación en forma elíptica que hay numerosas frases hechas que oímos a diario en boca de muchachos y de adultos. Raro sería, por consiguiente, no haber percibido muchas de las expresiones que constituyen ese modo particular característico de nuestro medio, ya que nada es más común que amenazar, y entre niños, principalmente, la amenaza es recurso general de desaprobación.

Vende un tendero, con apariencia de buenos, géneros "*pasados*", y el parroquiano, que lo advierte después de hecha la compra, se apresura a deshacerla

sin que aquél se avenga a la devolución, por lo cual se encara a él con esta frase: “*tú verás*”. Es común también decir: “*tú vas a ver*”.

De manera elíptica también formáronse para el comentario de casos semejantes, otras expresiones, tales como “*déjalo quieto*” y “*él sabrá*”.

Un tono hay que en rigor no es de amenaza, aunque parece entrañarla, sino de prevención o de advertencia en algunas de esas frases elípticas populares, como ésta muy usual: “*hazme el favor*”. Anda de boca en boca entre los que se chancean, y a veces, proferida por alguno de ellos, suele otro responderle con gesto desdeñoso: “*¿de qué?... ¿de qué?... ¿de qué?*”..., lo cual provoca la siguiente expresión por el estilo de las anteriores: “*ya verás*”.

Existe la expresión “*echarle a uno los caballos encima*”, de cuyo origen hay distintas versiones, una de las cuales es que yendo de paseo a una población en buenos caballos “*andadores*” algunos campesinos, un grupo de jóvenes que los vió llegar trató de divertirse a su costa propinándoles zumbonas frasecitas que acabaron por irritar a los de a caballo que, indignados, echaron a correr hacia el grupo, lastimando a más de uno. Desde entonces, cuando una persona es objeto de violento ataque de hecho o de palabra, al que no responde, como los jóvenes del cuento, de ella suele decirse en sentido de ironía: “*se los echaron*”. En el lenguaje político vulgar se habla

con frecuencia de individuos que "*se los dejaron echar*".

"*Que siga, que yo le contaré un cuento*", es una de esas expresiones amenazantes de formación elíptica.

Tan usual como las precedentes es la frase "*no te apures...*", pronunciada en el tonillo con que la sueltan a quienes va encaminada los que de algún modo se sienten molestados por ellos.

Muchas son las frases elípticas que incluyen amenaza, de que se sirve constantemente nuestro vulgo; pero bastan a nuestro objetivo las citadas, ya que no pretendemos anotarlas todas o su mayoría, sino comentar el hábito reinante en la formación de nuestro léxico popular. Quede para los que se ocupan de preferencia en tareas lexicográficas, la labor de coleccionarlas para crear el definitivo diccionario de dominicanismos.

LOS QUE "SON ASI" Y LOS QUE TIENEN "COSAS"

UNA FRASE muy cómoda, muy hábil, especie de escudo contra muchos defectos personales, es "yo soy así". Es característica de personas que han logrado consenso general para sus malacrianzas y a quienes todo les sale bien con tal motivo. Pueden ser desatentas con quienes han gastado no pocas atenciones con ellas, y si alguno les afea su proceder, responden con su desquite habitual: "Yo soy así". En las sociedades a que pertenecen y cuyas luchas les imponen obligaciones ineludibles, toman participación irregular esquivando en ciertas ocasiones responsabilidades con que se han afrontado los demás, sin que logre estimularlas a más leal acción el reconocimiento de la eficacia de los otros en el ejercicio del deber, ni baste a persuadirlas de su floja moral la dignidad del acto bello con que se sirve una noble empresa del espíritu. Podrá haber un intento de censura contra actitud tan desviada de la pauta seguida por sus

compañeros; pero el intento se desvanecerá a la sola consideración de que no hubo de parte de esas personas culpable empeño en proceder de tal manera, sino que ellas "*son así*".

Madres afanosas en cubrir faltas de educación de algunos de sus hijos, desvían las quejas que contra ellos se levantan, con súplicas de indulgencia hacia quienes no hacen aquello por incivilidad ni inclinación a las ofensas, sino, sencillamente, porque *son así*.

El *ser así* es, para los que *así son*, un buen negocio en la vida. Constituye una forma de irresponsabilidad en quienes nada existe de anormal que pudiera hacerlos pasar por irresponsables.

Para esa manera de comportarse en el mundo, no debe haber excusa. Excusarla es estimularla. La familia que, habituada a que un miembro de ella la trate con notorio desafecto, y que lejos de protestar contra esa clase de conducta, se aviene a ella admitiéndola como natural condición de *ser así*, es culpable de la manera desdeñosa con que se la trata.

Muchas groserías imperdonables prosperan en esa estúpida condescendencia de los que las pasan como formas características de temperamento. Los malcriados abundan donde abundan los consentidores, de la misma manera que los que vociferan y se insolentan con los demás son más comunes donde la gente calla y soporta con estúpido miedo los escándalos del perdonavidas.

De estos tipos, que van pasando ya de moda, solía decirse también que *eran así*, y no porque ellos mismos lo dijeran, sino porque los otros, para justificar su cobarde transacción, se avenían a la comodidad de la frase.

Esta expresión "*yo soy así*", tiene estrecha relación con otra muy particular que no es exclusiva del medio, pero que aquí suele ser pródigo su uso, y es la de *tener cosas una persona*.

Los defectos de muchos individuos pasan por *cosas de ellos*. Generalmente no son buenas las cosas que hacen; pueden proferir expresiones que en boca de otros serían reprochadas; saludar cuando están de humor para el saludo; corresponder a una atención cuando les viene en gana ser atentos, y así por el estilo; pero se les tolera cuanto hacen porque *esas son cosas de fulano*.

A este respecto decíanos un amigo cierta vez que nada era más ventajoso que *ser hombre de cosas*, porque era una manera de salir bien en los casos en que otros salen mal.

LA GRAVEDAD POPULAR DE LA PALABRA "ABUSO"

NUESTRO pueblo le atribuye al término *abuso* una significación malévola. Abuso, para él, es tanto como indignidad, descoco, desvergüenza. Por eso tórnase como grave ofensa la calificación de *abuso*, aplicada a una acción que realmente lo sea en el sentido general y castizo de la palabra.

En ningún diccionario de la lengua española aparece el vocablo *abuso* como acto que apareje consigo indignidad. Conforme al diccionario de la Real Academia Española, *abuso* es acción y efecto de abusar, siendo *abusar* "usar mal, excesiva, injusta, impropia e indebidamente de una cosa". Ya en la frase *abuso de confianza*, la significación adquiere mayor sentido de acción deprimente del valor moral del sujeto que incurre en esta falta; y en el lenguaje forense, *abuso* es "una de las circunstancias que agravan la responsabilidad penal de los delincuentes".

Pero en su sentido general, *abuso* es voz compuesta de la preposición inseparable *ab*, y *uso*, denotando *más que uso*.

Con el *uso* pueden ocurrir estas dos cosas: que se exagere, y se cae en *abuso*, y que se descuide, y se cae en *desuso*. El que usa más de lo normal de algo, abusa; y el que, por opuesto modo, no lo usa, la desusa. Visto de ese modo, comer hasta satisfacerse es usar bien del alimento; y beber hasta emborracharse, es abusar de la bebida.

Mas, para nuestro vulgo, nada de esto tiene valor. Inútil sería pretender atenuar la magnitud de la ofensa que encierran en buen lenguaje criollo esa palabra y sus afines.

Más fácilmente se toleraría otro insulto, que el encerrado en el vocablo *abusador*. Cuando un dominicano le dice a un paisano suyo *abusador*, de antemano sabe que van a batirse en el campo del honor y se previene a la lucha. Cuando el otro lo soporta sin reaccionar violentamente, pasa por cobarde y entonces se le enrostra lo único más ofensivo que aquella voz, y es esta expresión conminatoria: *¡Tu madre!* En algunas regiones del país no suele decirse "*¡tu madre!*", sino "*¡tu mamá!*".

Frecuentes son los casos de prevenidos que, interrogados durante una causa criminal acerca de los motivos que los indujeron a matar, han respondido secamente: "Porque me dijo *abusador*".

El término *abusador* lo trae el "Diccionario de

Americanismos, por el lexicógrafo portorriqueño Augusto Malaret, en el sentido general de persona que abusa, empleado en Chile y en Puerto Rico, siendo de advertir que no sólo se usa en esos países, sino en casi toda la América. Malaret apunta que se halla en el Diccionario catalá-valencia-valear, regiones de donde pudo haber pasado a América.

Hay con el nombre *abuso*, un insecto pequeñísimo cuya introducción en la piel produce escozor. Este nombre figura en la obra "Dominicanismos, por M. Patín Maceo. Malaret trae, en su ya citado diccionario, *abuse*, alteración de la voz indígena *abuje*, que usaron nuestros aborígenes; y Emilio Tejera, en su libro "Palabras Indígenas de la Isla de Santo Domingo", apunta: "*Abuje*.—Hoy *abuso*. Insecto pequeño, de color rojo, que penetra en la piel i causa mucha picazón. (Uso popular)".

En Cuba es donde menos variación ha sufrido la voz indígena *abuje*, pues al mismo insecto diminuto se le conoce por *abujo*, como vemos en la obra "Contribución al Folklore", tomo VII, por el investigador cubano Manuel Martínez Moles.

Pero volviendo a la primera significación del término *abuso* y sus afines, un joven cibaño rompió inesperadamente con su novia, casi en vísperas de matrimonio, porque el padre de la muchacha, que los había encontrado besándose, se atrevió a decirle *abusador*. Otro riñó con su médico porque éste, reprochándole el haberse excedido en la dosis de un

Pero en su sentido general, *abuso* es voz compuesta de la preposición inseparable *ab*, y *uso*, denotando *más que uso*.

Con el *uso* pueden ocurrir estas dos cosas: que se exagere, y se cae en *abuso*, y que se descuide, y se cae en *desuso*. El que usa más de lo normal de algo, abusa; y el que, por opuesto modo, no lo usa, la desusa. Visto de ese modo, comer hasta satisfacerse es usar bien del alimento; y beber hasta emborracharse, es abusar de la bebida.

Mas, para nuestro vulgo, nada de esto tiene valor. Inútil sería pretender atenuar la magnitud de la ofensa que encierran en buen lenguaje criollo esa palabra y sus afines.

Más fácilmente se toleraría otro insulto, que el encerrado en el vocablo *abusador*. Cuando un dominicano le dice a un paisano suyo *abusador*, de antemano sabe que van a batirse en el campo del honor y se previene a la lucha. Cuando el otro lo soporta sin reaccionar violentamente, pasa por cobarde y entonces se le enrostra lo único más ofensivo que aquella voz, y es esta expresión conminatoria: *¡Tu madre!* En algunas regiones del país no suele decirse "*¡tu madre!*", sino "*¡tu mamá!*".

Frecuentes son los casos de prevenidos que, interrogados durante una causa criminal acerca de los motivos que los indujeron a matar, han respondido secamente: "Porque me dijo *abusador*".

El término *abusador* lo trae el "Diccionario de

Americanismos, por el lexicógrafo portorriqueño Augusto Malaret, en el sentido general de persona que abusa, empleado en Chile y en Puerto Rico, siendo de advertir que no sólo se usa en esos países, sino en casi toda la América. Malaret apunta que se halla en el Diccionario catalá-valencia-valear, regiones de donde pudo haber pasado a América.

Hay con el nombre *abuso*, un insecto pequeñísimo cuya introducción en la piel produce escozor. Este nombre figura en la obra "Dominicanismos, por M. Patín Maceo. Malaret trae, en su ya citado diccionario, *abuse*, alteración de la voz indígena *abuje*, que usaron nuestros aborígenes; y Emilio Tejera, en su libro "Palabras Indígenas de la Isla de Santo Domingo", apunta: "*Abuje*.—Hoy *abuso*. Insecto pequeño, de color rojo, que penetra en la piel i causa mucha picazón. (Uso popular)".

En Cuba es donde menos variación ha sufrido la voz indígena *abuje*, pues al mismo insecto diminuto se le conoce por *abujo*, como vemos en la obra "Contribución al Folklore", tomo VII, por el investigador cubano Manuel Martínez Moles.

Pero volviendo a la primera significación del término *abuso* y sus afines, un joven cibaño rompió inesperadamente con su novia, casi en vísperas de matrimonio, porque el padre de la muchacha, que los había encontrado besándose, se atrevió a decirle *abusador*. Otro riñó con su médico porque éste, reprochándole el haberse excedido en la dosis de un

medicamento, le advirtió que había *abusado* de la medicina.

Y para terminar recordemos una expresión muy típica del centro de la República, según la cual un buen labriego juzgaba que las tres ofensas más graves que a él podían hacersele, eran: darle una *galleta*, mentarle su madre y decirle *abusador*.

LOS "LERENES" DOMINICANOS

EL "LERÉN" es el tubérculo comestible, de preferencia en los tiempos pascuales, en Ciudad Trujillo. En ninguna otra ciudad de la República goza de la solitud que aquí en la época de fin de año. Su venta por las calles capitaleñas es rápida. Desde que entra diciembre, la demanda del tubérculo es segura. No hacen más que pregonarlo los vendedores para que de las casas de familia salga una voz aguda: "*¡los lerenes!, ¡los lerenes!*". En seguida el expendedor del producto abre su saco de henequén y de él saca, cubiertos de negra capa terrosa, los blancos tubérculos a manera de enlodados pedriscos extraídos por ruda mano de entre las arenas de los ríos.

El *lerén* es voz indígena de planta cultivada por nuestros aborígenes, aunque no exclusiva de esta antilla, pues según Oviedo en el tomo I de su *Historia de Indias*, citado en el libro "Palabras Indígenas

de la Isla de Santo Domingo”, por Emiliano Tejera, con adiciones hechas por Emilio Tejera, también solía llamarse *lirén* en el vocabulario indígena.

El fruto requiere larga cocción sin llegar a ablandecerse como la papa. Es poco sustancioso pero sabe bien. En la región cibaëña suele ser de escasa estimación. No interesa su compra y raro es oír a un campesino pregonándolo. Ni siquiera en la época conmemorativa del parto misterioso en el Pesebre, en donde vino al mundo Jesús de Nazaret, tienen allí demanda los *lerenes*. Ordinariamente se regalan. Es cosa poco menos que despreciable y poco menos que apreciable. Tanto es así que *lerén*, en sentido figurado, significa persona sin importancia, y así suele decirse, con referencia a un sujeto cualquiera: “¡qué *lerén!*”. De mozos trasnochadores que pierden su tiempo en inútiles horas de bohemia, suelen decir en el Cibao: “un grupito de *lerenes*”.

Pero en el Este de la República es otro muy distinto el valor traslaticio del vocablo *lerén*. Allí se conoce por tal al que revela de algún modo energía o superioridad. De un jefe del Puerto de San Pedro de Macorís, apodado Lerín, que durante la última Administración Pública de don Juan Isidro Jimenes tomó severas disposiciones contra empleados subalternos que se hallaban en falta, llegó a decir en el “Listín Diario” el corresponsal de este periódico en aquella localidad “que el tal Lerín era un buen *lerén*”, por lo que se colige que en aquella región orien-

tal del país la voz *lerén* no es despectiva en su significado metafórico.

En el Sur, como en el Cibao, el sujeto a quien se le designa *lerén* es de escaso valimiento personal.

El hecho de que el *lerén* se cultive con abundancia en Haití, donde se le designa con este mismo nombre, y de que se diga indistintamente *lerén* y *lairén*, que también se emplean ambos nombres en Ciudad Trujillo, aunque con menos frecuencia este último, ha dado ocasión a que se crea en el origen francés de esta palabra; pero la voz, como queda dicho al comienzo de este trabajo, es de legítima procedencia indígena.

En Puerto Rico, según Malaret en su Diccionario de voces americanas, el término *lerén* denota hombre de baja estatura, lo que revela cierto significado despectivo en el orden de tamaño.

Pero pasando del terreno del lenguaje al de la costumbre, digamos, como las familias capitaleñas en los amables días de fin de año, escuchando al callejero vendedor de este tubérculo: "*¡los lerenes!, ¡los lerenes!*", después de lo cual recibirá la ancha cesta pajiza, cubiertos de negra capa terrosa, los blancos tubérculos a manera de enlodados pedriscos extraídos por ruda mano de entre las arenas de los ríos.

LOS NOMBRES DE DOMINICANOS QUE SE HAN HECHO PROVERBIALES

INDIVIDUOS hay que a causa de haber sobresalido en cualquiera manifestación de la virtud o del vicio, se hacen proverbiales, dando origen sus nombres a la formación de verdaderas familias de palabras de uso regional o nacional, según su mayor o menor importancia en el medio donde se formaron.

Tan notorias fueron las cualidades, buenas o malas, con que se distinguieron, que las personificaron, pasando a ser, de ese modo, modelos de su clase.

Entre esos hombres-tipos hemos de contar en primer término al Padre Billini, cuya virtud, sobrepasando las ordinarias prácticas de su manifestación, cobró aliento divino. No sólo hizo el bien, sino que lo vivió sobre la tierra, en la forma más alta del desprendimiento y la consagración al ejercicio de la caridad: la filantropía. Murió quedando como un símbolo de la virtud de que estaba singularmente inflamado, mientras su ilustre nombre y las voces

que de él se originaron, contribuyeron al aumento del vocabulario popular, como se verá por los ejemplos de que nos servimos en apoyo de esta aseveración.

“Hago todo el bien que me es posible —dice uno—, pero yo no soy un Padre Billini”. Otro de los tantos que se expresan de ese modo exclama, refiriéndose, aunque irónicamente, a alguien que le ha dado por ser caritativo: *“Ahora se ha metido a Padre Billini”*.

En forma ponderativa de la cristiana estimación al bien, expresábase alguien respecto de un tercero cuya tendencia franciscana indújole a ser liberal con la pobreza: *“Anda padrebillineando por esas calles”*; y de otro, que próximo a su partida de este mundo testó dejando parte de sus bienes para obras de misericordia, se ha dicho *“que murió padrebillinamente”*.

Otro de los individuos que personificaron virtudes en nuestro medio fué don Emiliano Tejera. Representaba la pulcritud en el manejo de los fondos públicos como jefe que fué del Departamento de Hacienda, y de esa condición de su carácter habla el hecho, frecuentemente recordado, de haber devuelto al Gobierno, con formal rendición de cuenta, el sobrante del crédito extendido a su favor como representante del país en el extranjero en una memorable ocasión de la vida internacional de la República. No omitió en el comprobante de los gastos la más

mínima erogación, y desde entonces se le tiene como emblema del respeto a los bienes e intereses del Estado. A propósito de un nuevo ejemplo de buena conducta administrativa en el terreno oficial, oímos esta curiosa frase: "*Ese es un Emiliano Tejera*".

En el otro aspecto de la personificación hay varios nombres, de los cuales vamos a tomar uno: *Pedro Santana*. Sus errores políticos han servido para hacer, de su apellido, un símbolo de conducta patria reprobable; apellido que si glorioso por un lado, por ser el de la primera espada al servicio de nuestra Independencia, no así por otro, como de autor de la Anexión a España y del sacrificio de levantadas figuras del pasado heroico de la República. De ahí las voces *santanismo*, en oposición a virtud cívica ejemplar, y *santanizarse*, que hemos oído varias veces en ciertas expresiones de sentido familiar, tales como la siguiente: "*son individuos que se santanizaron en política*".

Las frases menospreciativas de la honradez sirven a menudo para denotar el valor simbólico de las personas que personifican esta virtud. Así, de Lili hay una muy conocida, con la que quiso celebrar el hecho de haberse decidido por fin, un prestante hijo de Santiago, a aceptarle cierto destino público después de mil gestiones infructuosas para lograrlo: "*Señores, ya conseguí al hombre, aquél que me a agua bendita*".

LOS “PALOS” DOMINICANOS

DICIEMBRE es la época clásica de los *palos*, sacado el término de su sentido recto. *Palo*, aquí, con significado traslaticio, es *trago corto*, con que solemos denominar al ron u otra bebida destilada, y en el tiempo, de fines de año, regularmente, es cuando más dispuesto se halla todo el mundo a la expansión. Entonces menudean los *palos*, cuya denominación parece obedecer a que esta clase de bebida *tumba* presto la cabeza como si al bebedor le asentaran en ella algunos palos de a verdad, dejándolo aturcido. Este curioso destino del vocablo, que incita a pinceladas de color local, no puede ser más apropiado. *Apaleándose* —que también se usa el verbo— pasan las Pascuas muchos dominicanos. Tan característico es del medio este uso de *palo*, que hasta un ron cibaño lo bautizaron “*Palo viejo*”, y de buen sentido achicador es la común invitación a *tomar un palito*, frecuentísima en los alegres días de aprestos de bodegas en espera del nacimiento del Mesías.

Pero ya que de *palo* tratamos en la forma figurada expresada, sirva ello de motivo al ameno discurrir sobre el variado uso que tiene esta palabra entre nosotros, entrando en la composición de muchas frases de sabor vernáculo.

Comenzamos con las tres originales expresiones que anota en su valioso libro "Dominicanismos" el humanista nacional M. Patín Maceo. *Palos de luz*, por "poste del alumbrado público"; *a palo seco*, por pasar cierto tiempo "sin comer ni beber"; y *todo palo tiene su vuelta*, equivalente a "el que hizo la ley hizo la trampa".

Tenemos aquí, como muy criollas, y lo son, con efecto, estos tres refranes: *palo dao, ni Dios lo quita*, con que se alude a ciertas ofensas graves que no tienen reparación; *pollo pelao no sube a palo*, que tiene el mismo sentido filosófico del refrán español "pedir peras al olmo"; y *un palo vestido algo parece*, con que suele indicarse que la compostura da cierta buena apariencia a los que no la tienen.

El refrán *la cáscara guarda el palo*, es tan nuestro como de varios países de América.

Cuenta, el lenguaje popular criollo, varias expresiones con la voz *palo*, de las cuales recordamos las siguientes: *y por ese palo*, que significa, exactamente, "y por ese estilo"; *¡al palo!*, con que se acostumbra llamar, en la conducción de literas, para el relevo en la carga; *aceite de palo*, el extraído del amacey; *palo de cuaba*, el de hacer lumbres; *palo de leña*, el propio

El *palo*, castigo a modo de
no amedrentar en las manos de
diu; es *palo de quinpeche*

para combustible; *palo de olla*, el de batir el dulce o mover los granos de café durante la tostadura de ese grano; y en general, según el instrumento a que se adhieren como mango, *palo de escoba*, *palo de hacha* y *palo de bandera*. Hay también el *palo de cruz* y el *palo de cotorra*, empleados contra las hemorragias; y el *palo de las gallinas*, el menos delicado y poético de todos.

Aquí, como en casi todos los pueblos de América, *palo ensebao* es el nombre que se le ha dado a “la cucaña”.

Propio de nuestro carnaval es el típico “*robala gallina*”, que delante de un coro de muchachos que lo siguen por las calles, va diciendo en alta voz: “¡Roba la gallina!”, respondiéndole los muchachos: “¡Palo con ella!”.

El proverbio universal “el que a buen árbol se arrima, buena sombra le cobija”, solemos usarlo aquí con la sola sustitución de “árbol” por “palo”.

Cuando algún alimento se ha endurecido, se acostumbra decir que está *duro como palo*. La frase tiene otro empleo de muy vulgar significación.

Palito es llamado en el Cibao un insecto ponzoñoso, y también se da este nombre en Ciudad Trujillo a un dulce que en el Cibao llaman *canquiña*.

Lo corto del tiempo de que disponemos para esta clase de trabajos nos impide referirnos a todas las expresiones en cuya composición entra la voz *palo*. Quede, la labor de completar este trabajo, para

aquéllos que se ocupan en tareas lexicográficas y que, con amor a todo lo nuestro, realizan en su género obra de patriotismo, porque en esto también está la patria y a ella se sirve organizando su folklore como una de las manifestaciones interesantes de su vida.

DISCURSO DE RECEPCION EN LA ACADEMIA DOMINICANA DE LA LENGUA

Señores Académicos,
Damas y Caballeros,
Señor Recipiendario:

Se os ha llamado por la excelencia de los méritos literarios que os enaltecen y por vuestros largos años de magisterio y de cívicas cruzadas. Con acierto habéis hecho el elogio de vuestro predecesor en esa silla, que lo fué el Lic. Alejandro Woss y Gil, maestro, abogado, político, magistrado y Presidente, dos veces, de la República; aquel espíritu selecto que fué poeta, pintor y músico por obra de innato designio, sin llegar a la cristalización de la armonía en obras que sobrevivieran a su muerte, y que como político hizo realidades ideas y sentimientos reveladores de su hidalguía y de su bien templado carácter.

Con justo título y suma de merecimientos pisáis esta casa. Toda una vida ilustre consagrada fervorosamente al servicio de los ideales de educación,

de patria y de belleza, está hablando por vuestros ochenta y tantos años, y por vuestras canas, cuyas nieves no bastan a entibiar el fuego, como de pira, de vuestras devociones, porque sois el más vivo ejemplo de cuanto pueden dar de sí una voluntad y un corazón que se dan, durante trece lustros, en cívica ofrenda a la sociedad dominicana.

Tócame la honra inmerecida de responder con mi palabra, sin brillo, a la vuestra, luminosa; honra que esta Academia ha concedido al menos autorizado de sus miembros. Y no es la primera vez que soy honrado de este modo. Recordaréis que ya lo fuí desde la tribuna de la sociedad "Amantes de la Luz", de Santiago de los Caballeros, en el solemne acto público con que aquella ciudad quiso testimoniarnos su profunda admiración cuando cumplísteis ochenta años de ejemplar existencia. Aquella fiesta tuvo la significación y el matiz de una apoteosis.

Las mismas consideraciones elogiosas que hube de hacer entonces para justificación del tributo de Santiago a vuestra noble vida, sirven ahora para justificar vuestra recepción en esta Academia.

Decía yo entonces:

Es un varón en quien alma y canas responden a una misma unidad de colorido. Doble blancura significativa, simbólica, que el blanco no es sólo, como en física, la suma de todos los colores, sino como en ética, la suma de todas las virtudes.

Cultivó el magisterio desde los veinte años. Su

juventud no fué imagen de la Hebe caprichosa, andariega, sin más altar que el de la diosa pagana. Fué juventud sana y bienhechora la suya, de la que había de esperar el país obras maestras. Se requiere un admirable poder de resistencia a las sollicitaciones que el mundo hace al hombre en sus primeros años, para no elegir caminos extraviados, como acontece hoy a muchos jóvenes que disponen de excesiva libertad desde la infancia.

En tal pie de conducta cimentado, era tempranamente fructífero; primavera en sus años, verano en sus ideas; árbol que, revelando la juventud en el verde epicúreo del follaje, pregona la madurez en sus racimos. Es madera de filósofo y de apóstol la suya. Por eso se ha mantenido enhiesto en el aula. Y soplan años sobre su cabeza, y él disemina por la República discípulos.

Sesenta años de magisterio, ejercidos sin tregua, con una misma unción sacerdotal, con una misma pasión de interés en el desinterés de la enseñanza, de miel para suavizar el sacrificio, que no dulcificarlo; de caridad para resistir la incomprensión, y de fe para llevar la carga del trabajo, triste, bien que honrosa, abonan títulos de superioridad que mueven a muy respetuosa admiración.

Y no se limitó a la escuela su enseñanza. No han sido las paredes de las aulas cómoda limitación a sus empeños apostólicos. No! El verdadero maestro no tiene por horizonte las solas paredes de la

escuela; tiene por aulas la sociedad. En cada niño que pasa cree ver un discípulo, y dócil a la fuerza que lo empuja hacia la tierra social henchida de necesidades, las absorbe con el corazón hecho puño en ademán de abrirse, generoso, sobre los surcos de las almas. El educador auténtico es múltiple. Tiene, no sólo el don de la luz, sino el de los cristales que multiplican el rayo luminoso. Se pluraliza en potencia, y va al libro con la misma solicitud con que a la cátedra; al periódico con la misma virtud con que va al aula; y a la tribuna con el mismo don sacerdotal que pone en el pan nuestro de cada enseñanza.

Así él. Maestro ha sido en la jurisprudencia; maestro en el periodismo, cuyo decanato le corresponde; maestro en la aérea prosa sazonada de filosofía; en el servicio desinteresado y valiente de su pluma a la causa de las libertades patrias y a la causa de la libertad antillana.

En todo conserva, sin menoscabo, la soberana integridad de su valer; hasta en su labor de orfebrería lírica, rruiseñor en la floresta de la vida humana, mantiene la virtud consciente del maestro, holgándose en rimar delicadezas de sentido íntimo, tan pagado de la verdad como de la hermosura.

El sabe que el arquitecto de la patria es el maestro; que sin la escuela es imposible asegurar la resistencia nacional contra el azote de los males internos y la amenaza de los males exóticos, porque sólo ella es nodriza del presente, madrina del futuro, maga

del progreso, alma de todas las instituciones, nido de todas las libertades y armadura de todos los Quijotes.

¡Y qué entusiasmo el suyo! Entusiasmo de alas al amanecer, maravilloso en un hombre así adentrado en la llanura de los años. A esa edad en que el hombre es frío y conservador, apegado a la vida como la yedra al muro, porque hay menos púrpura desafiadora en sus arterias, es un milagro pasear, a bandera desplegada, todo un piquete de energías.

Así decía yo, aquella memorable noche de amor, en la sociedad "Amantes de la Luz".

Como maestro, lo ha sido, recorriendo todos los grados, desde el aula de párvulos, hasta la Universidad. La Junta Superior de Educación Pública lo contó en el número de sus miembros, varias veces. La Escuela Normal de Maestros tuvo en él el desempeño de su dirección, y más tarde la extinguida Escuela de Bachilleres. Es Doctor en Filosofía y Letras; sirve la Rectoría de la Universidad de Santo Domingo, de la que es, también, Catedrático en varias Facultades, y preside la Academia Dominicana de la Historia.

Aparte la función docente, sobresalió también en la magistratura como Presidente de la Suprema Corte de Justicia, y en la función legislativa, Diputado en 1878, Senador un año después, y miembro de una Asamblea Revisora de la Constitución, al siguiente año.

Brilló en la diplomacia, con el carácter de Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario de la República en México, y presidió la Delegación del país en la Segunda Conferencia Americana.

Fué Secretario de Estado de lo Interior y Policía en el Gobierno de su ilustre hermano el Doctor Francisco Henríquez y Carvajal, y presidió la Junta Superior Nacionalista durante la ocupación militar norteamericana, dando así nuevo testimonio de su levantado patriotismo.

Pero lo que más le da derecho a pertenecer a esta Academia es su condición notable de bibliógrafo; la calidad de su pluma, que lo mismo ha brillado en la poesía como en la prosa, ejercida en distintos géneros literarios desde que en 1877 inició su carrera bibliográfica con la publicación de "La Hija del Hebreo", producción dramática que fué en su tiempo airosa tentativa. Después y con relieve de labor definitiva, fueron apareciendo "Juvenilia", "Rosa de la tarde", breviario lírico en que la musa romántica asoma con desenvoltura; "Del Amor y del Dolor", poemas del hogar, henchidos de ternura franciscana; "Guarocuya", romance de vigor descriptivo y fácil estro, inspirado en la rebeldía del héroe del Bahoruco, y que mereció un primer premio en unos Juegos Florales; "Mi Album de Sonetos", entre los cuales descolló con singular relieve el consagrado a la memoria de Martí; "Cuba y Quisqueya", colección de trabajos en prosa relativos al mártir de la libertad cuba-

na; "Nacionalismo", "Todo por Cuba", "Páginas Electas", "Ética y Estética" y "Gloria a Duarte", obras todas ellas reveladoras de la personalidad del escritor que figura con justo título entre los mejores cultivadores del habla castellana en América.

Entro ahora a considerar la parte substantiva del discurso del nuevo Académico de número.

Escogísteis como asunto primordial de vuestro discurso de ingreso en esta Academia, el somero estudio que habéis hecho de algunas de las palabras que constan en el Diccionario de Americanismos del notable lexicógrafo Augusto Malaret, con el deliberado propósito de hacer notar que "el vocabulario dominicano conserva con fidelidad el léxico castellano y es, si no el menos, uno de los menos imbuidos en las distintas acepciones aportadas por el provincialismo, por el antillanismo y por el americanismo".

Y en apoyo de este aserto habéis elegido en el diccionario de referencia las palabras con *A* inicial y con *Z* inicial, examinando una por una sus varias acepciones para hacer notar que pocas de éstas suelen emplearse en nuestro medio.

Interesante, como todo lo que es fruto de vuestra privilegiada inteligencia, es vuestra tesis. Creo, sin embargo, que exige mayor observación y estudio de nuestro vocabulario popular el sostenerla.

Con efecto, acerca del verbo "*abrir*" en su forma refleja, afirmáis que sólo es usual aquí la referente a huida o fuga, cuando ciertamente hay dos más de

uso general en el Cibao. Una de ellas es precisamente contraria a la idea de huida, y se aplica al pollo que comienza a interesarse por la hembra. “*Se está abriendo*”, dice el campesino y es entonces cuando empieza a cantar. La otra acepción se aplica al joven encogido cuando se dice, por sus actos de hombría: “*Se está abriendo el muchacho*”. Hay también el adjetivo “abierto” como sinónimo de inteligente: “*Mozo de juicio abierto*”.

Lo mismo ocurre con el término *agua*, que entra en la composición de muchas frases que figuran en el Diccionario de Americanismos, de las cuales citáis únicamente, como usuales en el país, y en abono de la tesis sustentada, “*Agua va*”, muy española, “*agua de borrajas*”, “*hay agua puesta*” y “*seguir las aguas de alguien*”, también muy españolas. Y agregáis: “No se usan las demás, y el número no es escaso, como en Chile, México, Cuba, Venezuela, Honduras, Costa Rica, Ecuador, Guatemala y Puerto Rico”.

No se usan las demás que consigna el Diccionario de Americanismos; pero hay en nuestro país muchas frases construídas con la voz *agua*, que no son españolas ni aparecen en el citado Diccionario, ni en ningún otro léxico, las cuales no habéis consignado y que prueban que poseemos mayor número de las que suelen tener esos países, si es que no han sido omitidas muchas de ellas por falta de un estudio paciente y minucioso de sus respectivos léxicos populares, y

son las siguientes: "*Tiene agua*", y también "*tiene su agüita*", aplicadas al río que ha aumentado su caudal ordinario por efecto de las lluvias; "*pájaro de agua*", con que se denomina al que es muy feo o anda mal vestido; "*burros de agua*", aplicada a los movimientos ondulatorios y violentos de los ríos, a consecuencia de las grandes piedras que hay en su fondo; "*viento de agua*", el que es señal de cercana lluvia; "*cortar agua*", modo de nadar sin sacar los brazos afuera; "*pan de agua*", el fabricado solamente con agua y harina; "*coco de agua*", el tierno, empleado como bebida refrescante; "*agua Dios*", con que se designa el acto de llover constantemente, usada de preferencia cuando amanece lloviendo; "*Amaneció agua Dios*", y también: "*agua Dios misericordia*"; "*lo que es del agua, el agua se lo lleva*", expresión refranesca para significar que lo malamente adquirido, malamente se pierde; y "*no tener para calmar una sed de agua*", frase de sabor pleonástico, con que se da a entender el estado miserable en que se halla una persona.

Lo mismo podría decirse del término *aventar*, que en vuestro sentir sólo se usa entre nosotros en las dos acepciones castizas, y que por el contrario tiene en el país dos acepciones típicas que difieren de la cubana, de la mejicana y de la portorriqueña; la una equivalente a *hinchar*: "*El caballo aventó las narices*", de donde procede *aventación*, aplicado al vientre, y la otra, sinónima de matar: "*lo aventaron*

anoche en la fiesta", así como también el verbo *ajustar*, otro de los que habéis citado, que tiene, además de las acepciones que sabiamente habéis enumerado como criollas, la de introducirse en alguna parte: "*Se ajustó de cabeza en el pozo*", caso en el que adopta el verbo la forma reflexiva.

Es evidente que gran número de términos usados por el pueblo no son verdaderos americanismos, ni antillanismos, ni dominicanismos, sino corruptelas de palabras castizas, como acontece con *arrabiatar* y *arrebatar*, de los cuales sólo usamos el segundo, como muy bien habéis advertido, verbos que no son otra cosa que alteraciones, por prótesis, del verbo castellano *rabiatar*, a pesar de estar uno de ellos aceptado por la Academia Española, como todos lo sabéis; pero es innegable que hay en las manifestaciones típicas del habla en los pueblos de origen hispano, términos, modismos y expresiones llenos de gracia y movimiento, que lejos de afear la lengua madre, la enriquecen. De las muchas acepciones que tienen en la América Hispana las voces puras del idioma, hay aquí gran número que corresponde a usos y costumbres, en los cuales puso el pueblo imaginación e inteligencia.

No veo cómo, habiendo tenido este país, como los otros pueblos de América, sus grandes luchas en la formación de su personalidad y estado independiente, y en las demás necesidades del progreso, y desempeñado papel tan importante en la historia de

la civilización americana, sea el que menos contribución de americanismos haya hecho a la rica lengua de Cervantes. Lo que ha pasado es que la República Dominicana es un pueblo casi desconocido de los demás pueblos de la tierra. Es ahora cuando se comienza a estudiar su vocabulario, y por eso apenas consignan los diccionarios voces y acepciones típicas de nuestro medio. En mis estudios acerca del lenguaje popular criollo he comprobado la existencia de gran número de acepciones que tienen aquí los verbos castellanos. Nuestra flora y nuestra fauna son una fuente copiosa de americanismos de procedencia indígena, y lo mismo ocurre con muchos nombres de personas, de ríos y de lugares, como también de ocupaciones rurales y utensilios empleados en ellas.

En esa labor lexicográfica importa que nos ocupemos con verdadero interés nacionalista, pues no sólo hemos de cuidar la preciosa lengua recibida como legado espiritual de España, como cumple a los que estamos vinculados a la docta corporación oficial de la Lengua, al amparo de cuya bandera de principios nos hemos congregado, sino también recoger cuantas formas de lenguaje fluyen en la corriente de los usos del pueblo, en los cuales hay mucho de su alma como expresión de aquellos sentimientos que también heredamos del viejo tronco ibérico, ya que España, que tan amante se mostró siempre de todo cuanto por obra de su genio y espíritu grandioso

palpita en nuestra América, se interesó por las voces americanas, de lo cual fué testimonio el haberlas prohijado en su diccionario de la Academia Española, como Salvat lo hizo antes, en el suyo, defendiendo el derecho de las mismas a figurar en el primero. Para esa obra necesitamos del caudal de vuestros conocimientos y de vuestra experiencia.

Os sobra entusiasmo para la lucha, no obstante la carga de los años, que lleváis, ponderosa, sobre vuestra cabeza iluminada por sus propios resplandores, y que os hace aparecer, según hube de exclamar aquella noche de vuestra apoteosis en Santiago, como otro Federico II oteando, no la Ciudad Santa, sino los ideales santos, llevando la cruz de vuestro pabellón no exteriormente, como a la usanza medieval, sino por dentro, como cumple a un apóstol.

ESTUDIO ACERCA DEL VALOR SIMBOLICO, MISTICO, LITERARIO Y VULGAR DEL "TRES" Y SU INFLUENCIA EN LA FORMACION DE REFRANES, FRASES FAMILIARES Y MODISMOS DOMINICANOS

Conferencia leída en los Salones de la Casa de España, de Ciudad Trujillo, a solicitud de la "Junta Pro Día de la Raza", el día 14 de abril de 1940.

Señores:

Hará cosa de doce años, observando la prodigalidad de expresiones que se construyen con el adjetivo numeral *tres*, pertenecientes al lenguaje popular, me dí a la tarea de coleccionarlas para que fueran ellas partes del estudio folklórico dominicano en que venía ocupándome, e inquirí la procedencia española de algunas de ellas y su alteración en forma de variantes de la letra original. Hecho eso, publiqué el trabajo en el segundo tomo de mi obra costumbrista "AL AMOR DEL BOMBO", a reserva de ampliarlo con nuevas expresiones a medida que fuera hallándolas.

Más tarde, y con ocasión de mi ingreso en la Academia Dominicana de la Lengua, correspondiente de la Española, concebí el plan de escudriñar la razón de ser de este uso del *tres* en la formación de frases de sentido popular y en otras

muchas del lenguaje culto y que pueden escogerse por millares en todas las literaturas.

Era interesante remontarse a los orígenes del *tres* en la vida de los pueblos primitivos. Ver de dónde nace esta imperativa influencia del curioso numeral en el lenguaje ordinario y en el culto; por qué se ha hecho, más que imperativo, tiranizante, su variado uso, al grado de que sería ardua empresa dar con escritores a quienes no haya alcanzado la maña trina de la forma, o habla corriente en la que no se haya manifestado, con más o menos brío, su influjo poderoso, es el objetivo de esta conferencia que titulo: "ESTUDIO ACERCA DEL VALOR SIMBOLICO, MISTICO, LITERARIO Y VULGAR DEL *TRES* Y SU INFLUENCIA EN LA FORMACION DE REFRANES, FRASES FAMILIARES Y MODISMOS DOMINICANOS". Con ello correspondo a la gentil invitación que me hiciera la "Junta Pro Día de la Raza", con la simpatía de la Casa de España, para que llenara un turno en la serie de conferencias que se ha propuesto celebrar.

En las religiones orientales los sacerdotes agruparon los dioses por *triadas*, representativas de los diversos atributos de la divinidad. En Egipto se tenía por sagrado el número *tres*, y si bien no parece haberse originado el concepto de la divinidad por el sistema de *triadas*, tuvo allí mucha boga. Se sabe que la necesidad que tuvieron los remotos pueblos del Oriente, de detener, con espíritu de fe, su atención en ciertas maneras de manifestarse la suma potestad, dió en crear lo que parecía una pluralidad de dioses, pero que en rigor prevalecía el monoteísmo, no siendo más, las formas de personificación que alcanzaron esas manifestaciones del poder omnímodo en que creían los sacerdotes, modos de comunicarles vigor para hacerlas así más asequibles a la popular inteligencia.

La intervención oficial que en la formación de las *triadas* tuvo Egipto, se señaló por la adopción de una *triada* diferente en cada capital de los nomos o provincias. Así hubo *triadas* en Menfis, Tebas, Teb y otros lugares célebres; pero éstas comenzaron a desnaturalizarse con la divinización de reyes que acabaron por constituirse también en *triadas*, tales como las de Ramsés II, Osiris y Phtah, y en un período de mayor relajación del concepto teogónico, la de Julio César, Cleopatra y su hijo adulterino Cesarión.

En Grecia aconteció lo mismo. Memorable es la tríada formada por Caos, Gea y Eros, que respectivamente significaban el espacio, la materia y la fuerza. Antes que Egipto y Grecia, la India tuvo triadas, y de esto es verdad histórica *La Trimulti* o trinidad representada por Brahma, el Creador; Vichnú, el Mantenedor, y Civa, el Destructor.

Si recordamos a Pitágoras, veremos que el *tres* venía a ser el primero de los números perfectos. La masonería parece haber tomado de aquí su concepción acerca del masón perfecto, que es el que ha alcanzado los tres grados.

En los templos de las civilizaciones maya e incaica se observan detalles de ornamentación en forma trina que recuerdan figuras semejantes a las encontradas en la India, la Caldea, el Egipto y la China, en muchas de las cuales el triángulo revela todo su valor místico y simbólico. En los primitivos monumentos cristianos, especialmente en inscripciones de Cartago, se observa la figura triangular; y en la Iconografía moderna el triángulo está considerado como símbolo de la fraternidad.

El Cristianismo adoptó el *tres* en sus misterios y en sus cultos, y de ello mana todo un caudal de poesía bíblica. De aquí, entre otros símbolos, los Tres Reyes Magos y su triple

ofrenda adoratoria; las tres coronas, en una, de la tiara papal; la Santísima Trinidad y el *trisagio* en su honra; el *triduo* o ejercicio piadoso de tres días; la triple expresión del *Agnus Dei* y el *Sanctus*; las tres genuflexiones de rigor en ciertos cultos; y los tres días solemnes de la Pascua de Resurrección, semejantes al rito masónico, que comprende, entre otras formas trinas, las tres palabras del lema, los tres golpes del malleto, los tres altares y los tres cálices que vierten, respectivamente y en torno al catafalco, la triple bondad mística de la leche, el agua y el vino.

De la religión pasó el tres a la ciencia. En lógica tuvo mucha boga el argumento compuesto de tres proposiciones, denominado silogismo. En matemática, es un recurso metodológico este procedimiento empleado a modo de axioma: *dos cosas iguales a una tercera, son iguales entre sí*.

En Historia vemos cuán curioso es, respecto del tres, el destino de muchos grandes hombres: a Sócrates le acusaron de impiedad tres de sus enemigos; Jesucristo, negado tres veces, murió a las tres de la tarde, resucitó a los tres días de su muerte y a los tres años de su predicación, y se elevó en el Monte Tabor en presencia de Pedro, Juan y Santiago, tres de sus Apostóles; y tres siglos duraron las persecuciones contra la Iglesia. A Colón le siguió el tres como un enigma. El 3 de agosto de 1492 salió de Palos de Moguer, en tres naves, con rumbo a lo desconocido, y amenazado de muerte por la tripulación, que se creyó perdida en el Océano, prometiéndole someterse a tal designio si a los tres días no encontraban la tierra que buscaban. Tres días no más, plazo fatal del intrépido marino.

La Virgen María fué virgen antes del parto, en el parto y después del parto, forma que Cristóbal de Castro imitó dicién-

do: “antes de Gorki, en Gorki y después de Gorki”, refiriéndose, en su libro “Vidas Fértiles”, al dictador de la Rusia Soviética.

Y ahí está la historia de los triunviratos, de los cuales hubo, como se sabe, uno en Francia, dos en Roma, dos en la Argentina, uno en el Perú, uno en el Uruguay, uno en Bolivia, otro en el Paraguay y uno en la República Dominicana, país en donde el tres está como enraizado en su historia, con su lema trino, con su bandera tricolor, con la Trinitaria, nombre de la sociedad secreta que preparó la Independencia nacional, compuesta de una base triple de tres miembros cada una, y con los tres Padres de la Patria.

En física hay las tres palancas, las tres leyes del movimiento y los tres estados de la materia.

En gramática, entre otros pormenores, tres son las personas y tres, por consiguiente, los pronombres personales; tres los tiempos; tres los grados de comparación; tres, en rigor, los géneros, aunque en apariencia seis, bien que múltiplo de tres; tres las conjugaciones, tres las circunstancias verbales de lugar, tiempo y modo; y nueve, o múltiplo de tres, las conjunciones y los adverbios.

En política, por último, para no referirnos a otras ciencias, es usual la toma de posesión de presidentes de repúblicas a los tres meses de su elección, así como la designación de funcionarios mediante una terna. Parecido fenómeno ocurre en las actividades comerciales, donde, aunque las letras de cambio pueden ser recogidas dentro de cualquier plazo fijado, lo más común es a tres días vista; también es muy corriente pagarlas a los tres meses de su presentación.

Veamos ahora la influencia del *tres* en el Arte. La trilogía surgió en el arte dramático griego. El trébol dió a la moderna

arquitectura la gracia de sus tres lóbulos fragantes, mientras el Trípede se elevó del uso profano al sagrado cuando, en el Templo de Delfos, servía a la sacerdotisa de Apolo de maravilloso instrumento para responder a las consultas del Oráculo.

Recuérdese que las Gracias, las Furias y las Parcas, que, como se sabe, eran deidades trinas, han ocupado a literatos, escultores y pintores. Y como ellas, las Walkirias.

En punto a heráldica, común es la presencia del tres en los lemas patrióticos, los cuales se componen, casi siempre, de tres palabras, como el nuestro: *Dios, Patria y Libertad*, que recuerda el de la célebre proclamación de los Derechos del Hombre: *Libertad, Igualdad, Fraternidad*.

Atraen las locuciones de noble y bello estilo en las que interviene este adjetivo numeral, y éstas son de dos modos: con el tres expreso, como las *tres carabelas del Descubrimiento*, y sin que figure la voz *tres*, como en “Duarte, Sánchez y Mella”, aludiendo a los Padres de la patria dominicana.

En el primer caso son incontables los ejemplos. La novela suministra pruebas de esta psicología del *tres* en el espíritu de los literatos. Alarcón nos habla de “Sombreros de Tres Picos”; Dumas, de “Los Tres Mosqueteros”; y Eleonor Gtyn, de “Tres Semanas”.

El cuento las suministra de igual modo y las encontramos en “Los Tres Bandoleros”, de Schmid; en “Tres Monedas”, de ignorado autor, y en los “Tres Pelos del Diablo”, de los Hermanos Grimm, con versión española de José María Huertas.

También el teatro: “Tres Dramas Mejicanos”, de Juan Bustillo Oro; “Ya somos Tres”, zarzuelita en un acto, del Maestro Rubio, y “En un Burro tres Baturros”, de Alberto Novión.

El cinema también produce sus ejemplos. “Los Tres Dia-

blillos"; "Los Tres Diablillos alzan el vuelo", y "Los Tres Lanceros de Bengala".

Por otra parte, en el género que se ha dado en llamar *ensayo*, no escasean los ejemplos y de ello son testimonios "Tres Titanes", de Miguel Angel, y "Tres ensayos sobre Literatura Sexual", de Gregorio Marañón.

La literatura costumbrista es fecunda en ejemplos reveladores de cómo este número maravilloso es manantial constante de motivos para plumas sedientas de tonalidades vivas y realistas. Recuérdese los *tres etcéteras* de Bolívar, notables como todo lo del Libertador, de que nos habla Ricardo Palma en sus "Tradiciones Peruanas", y "Los tres motivos del Oidor", con que este mismo aguafortista de la prosa relata lo acontecido al Oidor Zárate al afirmar, en la Real Audiencia de Lima, mal de su grado, en favor de que Gonzalo Pizarro fuese Gobernador del Perú, después que Carbajal, que había entrado furtivamente en la ciudad con cincuenta hombres, ahorcó a dos notables, con amenazas de seguir haciendo lo mismo si no aceptaban lo propuesto: "firmo por tres motivos: por miedo, por miedo y por miedo".

En el género de sentencias muchos escritores caen en la trina concepción de ideas. De Duclos: "Hay tres formas de ignorancia: no saber cosa alguna, saber mal lo que se sabe y saber lo que no debe saberse". De Chilon: "tres cosas son difíciles: guardar un secreto, emplear bien el tiempo y soportar las injurias". De Tolstoi: "la técnica del arte posee estas tres condiciones: claridad, sencillez, sobriedad". Nuestro Emilio Prud'homme aludía a tres aspectos para un monumento a Meriño: "una estatua de mármol para el Sacerdote; una de bronce para el Presidente, y una de oro para el Arzobispo".

Pero lo más interesante, sin duda, acerca del *tres*, anda

en liras de poetas. Felipe Dávila Fernández escribió, en 1858, "Los tres relojes", fábula que copio de un libro de apuntes del Doctor Pedro Henríquez Ureña, existente en el Archivo del Museo Nacional, y cuya primera estrofa reza:

Tres relojes que holgaban
colgados de sus clavos, entretanto
que sus dueños cenaban
en el mesón de San... (no sé qué Santo),
así se divertían
y su vida y milagros repetían.

"Las tres cautivas" es el título de la letra de una antigua canción popular española, cuya primera estrofa es como sigue:

En el campo moro
y en la verde ojiva,
donde cautivaron
tres hermosas niñas,
el pícaro moro
que las cautivó,
a la reina mora
se las entregó.

"Los tres ladrones" es el encabezamiento de un magnífico soneto original del notable poeta colombiano Enrique Álvarez Henao, cuyo primer cuarteto dice:

Epoca fué de grandes redenciones:
el mundo de dolor estaba henchido,
y en el Gólgota, en sombras convertido,
se hallaban en sus cruces tres ladrones.

Y el gran poeta venezolano, Eloy Blanco, exclama en su inmortal canción a la Madre España, premiada por la Academia Española:

Y el mundo estupefacto verá las maravillas
de una raza que tiene por pedestal tres quillas
y crece como un árbol hacia el cielo, hacia Dios!

No podía quedar libre del dulce embrujo de este número de leyenda el gran poeta José Santos Chocano, cuyo cetro lírico en el parnaso del Perú parece haber pasado a la mano, ya gloriosa, aunque muy joven, de Carlos Fonseca. Chocano eleva el tres a millonadas en su poema "La Canción del Camino", diciendo:

Tres millones de insectos
formaban una como rabiosa inarmonía.

Ni tampoco podía escapar de las redes del simbólico número el gran Guerra Junqueiro, como se observa en su "Oración al Pan":

Belleza, amor, verdad...
enprema trinidad!
Tres dioses juntos al final,
en uno solo inmortal!

• •

Ahora han de invitar mi atención escritores y poetas dominicanos que han empleado el *tres* expresando el nombre de este numeral. Comenzaré por el extinto escritor y constitucionalista Rafael Justino Castillo, el cual llamó "Los tres amores" a una bella página literaria. "¿Qué haces, hombre —escribe Moreno Jimenes en su poemario "El Diario de la Aldea"— que no fijas la vista en las tierras de tus tres islas? El triángulo de la religión universal necesita tres nombres, tres montañas, tres mundos". Pero de todos nuestros grandes hombres de letras, Fabio Fiallo es el que más y mejor se ha aprovechado del valor simbólico del *tres*. Como casi todos los que se valen de la fórmula trina, tanto en el asunto de sus trabajos como en su expresión, el poeta de "Cantaba el Ruise-

ñor" no emplea seguramente el *tres* a voluntad, sino que le brota sin deliberada intención de servirse de él en el plan de sus magníficos poemas. Le sale de modo inconsciente, por instinto, al influjo de la ley tradicional que ha hecho de este número una especie de tiranía del pensamiento.

En el poema en que nuestro más representativo poeta del amor se ingenia para encontrar la dulce esposa muerta, su fantasía preséntale *tres* modos de conducir la busca misteriosa, y vibra la canción, titulada "Tras sus huellas":

En la horrible orfandad de su partida
con tres indicios me lancé a buscarla:
su cariño a las flores, su dulzura
y su infinita ingenuidad cristiana.

Luego, el mismo bardo vislumbra, en su implacable fiebre erótica, *tres* purísimas formas que dió en llamar "Las Tres Hermanas"; e irrumpe el canto:

Y en la sombra que tejen las encinas
del camino, surgieron tres doncellas:
hermosas son las tres, las tres son finas,
y altas y temblorosas como estrellas.

En el titulado "La niña que amo", dice el poeta Fiallo:

La niña que amo tiene
tres cosas blancas:
el seno en flor, las
manos y la garganta.

Y otras tres cosas tiene
de un rosa núcar:
la oreja, las mejillas,
la fina barba.

Y tres cosas muy negras
tiene la amada:
el cabello, los ojos
y las entrañas.

En otro de sus poemas, el titulado "Nostalgia", dice el gran poeta:

Eramos tres que con el buen San Pedro
llegáhamos a Dios:
un invisible paladín cruzado,
una niña gentil y el trovador.

Y finalmente, en el poema "Los tres dones", exclama:

El hada mi madrina tres regalos
en mi cuna dejó:
un háenuo florido, dos sandalias
de oro, y un zurrón.

Y no sólo el poeta de "Canciones de la tarde" cae en la seductora atracción de este adjetivo numeral. También lo emplea Hungría Lovelace en su bella composición "Tres cartas tuyas", de su libro "Sinfonía Celeste", de la cual dice la primera estrofa:

Tus cartas! Tres cartas lindas! Me las trajo el Conmo!
y las leí temblando, mira tú qué emoción!...
Fíjate de qué modo insólito te amo!
Cómo tanto cariño cabrá en tu corazón!

E incluyo en este primer aspecto del empleo del *tres* en el lenguaje culto, a los poetas dominicanos de los *tripticos*, que los han escrito muy bellos, en delicados sonetos que por la índole de este trabajo me privo de copiarlos. Son estos poetas, que doy en llamarlos de los tripticos, Virgilio Díaz Ordóñez (Ligio Vizardi), en "Sonetos Bethovianos"; Juan Tomás Mejía, en "Duarte, Sánchez y Mella"; Juan Bautista Lamarche, en "La Madre, la Esposa y la Hija"; Enrique Aguiar, en "Marión Delorne, Ninón de Lenclos y La Marquesita", y Arquímedes Cruz Alvarez, en "Duarte, Sánchez y Mella".

Veamos ahora el segundo aspecto que presenta el empleo

del *tres* en el lenguaje culto, o sea lo de abarcar *tres cosas* o ideas sin la forma expresa del numeral. En este segundo aspecto los ejemplos bastarían a llenar centenares de gruesos volúmenes, lo cual escaparía a la finalidad de este trabajo, limitándome a citar únicamente algunos ejemplos de acreditados autores de otros tiempos, como también de los presentes, para observar la persistencia de este número en la evolución del pensamiento y de la forma. Esquilo dió a la literatura griega su trilogía, que comprende Agamenón, las Coéforas y las Euménides, y Protes. La Divina Comedia, de Dante, la componen los tres poemas El Infierno, El Purgatorio y El Paraíso, y están escritos, además, en magníficos tercetos. A Iriarte le sedujo este número, y de ello son testimonios sus tres fábulas “El Oso, la Mona y el Cerdo”; “Los dos Loros y la Cotorra”, y “El Burro flautista, la Urraca y la Mona”.

En este sentido abundan también las sentencias:

De Hostos, en su Moral Social: “se debe hacer el bien aunque no sea *comprendido, ni estimado, ni agradecido*”. Y del mismo pensador: “la vida es una eterna lucha por el *pan*, por el *puesto* y por el *principio*”. Recuérdense, asimismo, éstas de ilustre procedencia remota: “Manes, Thecel, Fhares”, en el muro babilónico, después de la profanación de los sagrados vasos persas por Baltazar; y el “Veni, Vidi, Vici”, de Julio César, con ocasión de dar cuenta al Senado de la victoria que obtuvo en su expedición contra Mitridates, Rey del Ponto.

Rabindranath Tagore, por su parte, nos habla de la respuesta dada por una madre a propósito de una pregunta acerca del paradero de su hijo: “está en la niña de mis ojos, está en mi cuerpo, está en mi alma”.

Y Rafael Leonidas Trujillo Molina, en su Cartilla Cívica, exprésase en los siguientes términos respecto de la República

Dominicana: “Juan Pablo Duarte, que la hizo, la predicó con su pensamiento, la ayudó con sus bienes y la defendió con su espada”.

En poesía son incontables, en este segundo aspecto en que no figura la palabra *tres*, los casos de subordinación inconsciente de las ideas a la trina expresión del pensamiento. A este estado de sugestión inconsciente del número *tres* obedecen ingenios del divino arte y multitud de bardos de todas las épocas. Basten, para salvarnos del pecado de la prolijidad, algunos ejemplos, aunque no tan pocos que pueda dudarse de la veracidad del aserto, los suficientes para que éste gane el consenso universal; y comienzo por el célebre cantor sevillano Gustavo Adolfo Bécquer, quien, en su ardiente pasión por la virgen adorada de sus sueños, escribió en primorosa redondilla:

Por una mirada, un mundo;
por una sonrisa, un cielo;
por un beso... yo no sé
lo que diera por un beso!

Mirada, sonrisa y beso, sublime trinidad de la pasión que hizo Pablos y Virginias, Romeos y Julietas.

Más cerca de nuestros días, Rubén Darío ata, como piedras de verbal acento, tres sustantivos luminosos en una de las estancias de su “Responso a Verlaine”:

Que púberas canéforas te ofrenden el acanto;
que sobre tu sepulcro no se derrame el llanto,
sino rocío, vino, miel...

¡Oh, trío misterioso, que vienes de la India, y de más lejos, a revolucionar los campos del arte y de la ciencia!

A este influjo trino se entregó la musa de nuestro gran

Deligne cuando dijo, en lengua de querubes, en su lírica salutación a la bandera patria:

Oh bandera sagrada, *relentes,*
cierzos, brumas, no logren ajar
tus colores, que riman ardientes
con la espléndida hoguera solar!

Hay otro linaje de adopción de la forma trina, que no se manifiesta, como en el poema becqueriano, en la enumeración de tres cosas, sino en la trina repetición de unas mismas frases o palabras, como en el "Nocturno" de Silva:

Y eran una sola sombra larga,
y eran una sola sombra larga,
y eran una sola sombra larga...

Y en otro pasaje del mismo poema elegíaco:

Se acercó y marchó con ella,
se acercó y marchó con ella,
se acercó y marchó con ella...

O como en "El dulce milagro", vibrante de emoción, de Juana de Ibarhourou:

¡Qué es esto! ¡Prodigio! Mis manos florecen,
rosas, rosas, rosas a mis dedos crecen!
Mi amante besóme las manos, y en ellas,
¡Oh gracia! brotaron rosas como estrellas.

Es algo semejante a lo de Pedro Mata en su poema "La Guinda, cuya primera estrofa dice:

En los labios rojos,
en los blancos dientes,
de tu boca linda,
linda, linda, linda,
temblaba una guinda
roja, roja, roja.

Gastón Figueroa, en "La Ronda de la Luna", hace lo mismo:

*Luna, luna, luna,
mira nuestra ronda,
blanca como tú,
como tú, redonda,*

Y Santos Chocano, en "La Canción del Camino", hace la trina repetición, diciendo:

*Era un canto...
algo como un suspiro que se alarga,
y se alarga, y se alarga... y no termina.*

Y como él, Rubén Darío, en el soneto que le inspiró Caupolicán, cuyo primer terceto dice así:

*Anduvo... anduvo... anduvo... Lo vió la luz del día,
lo vió la tarde pálida, lo vió la noche fría...
y siempre el tronco de árbol a cuestras del titán!*

Y Guerra Junqueiro, en la *Oración del Pan*, ya citada, y en varios pasajes del hondo poema místico y humano, lleno todo él de trinas concepciones y triples locuciones:

*Bendito seas!
por nosotros viviste,
por nosotros sufriste,
por nosotros moriste.*

*Hombre!
Vive por Dios!
Sufrir por Dios!
Muerir por Dios!*

*El cuerpo déjanos provisto!
Deja el espíritu provisto,
trigo, de todo bien provisto!*

Y por último Pablo Neruda, el más renombrado poeta vanguardista chileno, da en la olímpica manía trinigenia con

esta mezcla de invocación e imprecación dirigida a un grupo de generales españoles ante el drama revolucionario vivido por la España de la hora:

Venid a ver la sangre por las calles!
venid a ver la sangre por las calles!
venid a ver la sangre por las calles!

Y para terminar la parte de esta conferencia relativa a la influencia del *tres* en el arte, cito un ejemplo relativo al uso de tres adverbios en mente, en que incurren muchos escritores. Este ejemplo lo tomo de un trabajo del Licdo. Virgilio Díaz Ordóñez, premiado en un concurso literario reciente, y que se refiere a Ciudad Trujillo:

“Tu inmenso corazón, generoso como el de una diosa delicada y tierna, afelpa de bondades su tibio interior para recibir en él blandamente, cariñosamente, casi maternalmente, etc., caravana que traen la fatiga de todos los caminos, etc., y que llegan desde donde la tierra se puso inhospitalaria y desde donde los hombres olvidaron a los hombres”.

El pueblo dominicano no sólo posee diversidad de frases con el *tres*, sino que lo aplica a cada instante en su animada charla. Así, uno a quien preguntaron que en el supuesto de concederle Dios tres cosas a su libre elección, cuáles señalaría, respondió: “dinero que me dure, bríos que no me fallen y mujeres que me sobren”. Popular es, en toda América, como en España, esta curiosa redondilla: “de médico, de poeta y de loco, todos tenemos un poco”. Finalmente, es ingenioso aquello de trina factura criolla, atribuido al gato cuando muy de mañana, tras de ablusionarse cara y cabeza con una de sus patas, que hace veces de mano, mira, olfatea, y en formal apostura sentencia: “Dios me depare puerta abierta, mujer descuidada y casa mal puesta”.

INDICE

	Página
Los diminutivos.....	7 -
Los complementos.....	11 -
Los pleonasmos.....	19 -
El vicio de la «A» como prótesis.....	25 -
Los dilemas.....	29
La exageración.....	35
La costumbre de personificar.....	39
Las interjecciones.....	45
Voceras acabadas en «ios» y en «eos».....	53
El verbo coger.....	59
El verbo dar.....	63
La frase «como que».....	67
Frasas proverbiales construidas con el proclítico «la».....	71
Nuestra sabiduría popular.....	75
La frase «comer burros».....	83
El uso del «tres» en el lenguaje criollo.....	85
El verde.....	95
Lo hermoso, lo noble y lo sencillo en nuestro criollismo.....	99
La tendencia al femenino en el lenguaje popular.....	105
La «Mano» en nuestro criollismo.....	109

	Página
El «más» y el «como» en el lenguaje popular.....	113
Perogrullo en el lenguaje popular.....	117
La onomatopeya en el lenguaje típico dominicano.....	121
La manía de adjetivar los nombres de las enfermedades.....	125
La elipsis en el lenguaje criollo.....	129
Los que «son asís» y los que tienen «cosas».....	133
La gravedad popular de la palabra «abusos».....	137
Los «lencas» dominicanos.....	141
Los nombres de dominicanos que se han hecho proverbiales.....	145
Los «palos» dominicanos.....	149
Discurso de recepción en la Academia Dominicana de la Lengua.....	153
Estudio acerca del valor simbólico, místico, literario y vulgar del «tres» y su influencia en la formación de refranes, frases familiares y modismos dominicanos.....	165

Reg 1589

